

ANCIANO

Revista trimestral para ancianos de iglesia

Edición especial
enero-marzo 2022

**La ofrenda
que más se necesita**
en una iglesia con una visión mundial



ANCIANO
NÚMERO 106
ENERO-MARZO 2022

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Asociación Ministerial
de la Asociación General de
los Adventistas del Séptimo Día
División Interamericana
8100 SW 117 Ave.
Miami, Florida 33183, EE. UU.
Tel. 305 403 4644

SECRETARIO MINISTERIAL

Jerry N. Page / Anthony Kent
Josney Rodríguez

COLABORADORES ESPECIALES

Robert Costa,
Jeffrey Brown,
Janet Page

CONSULTORES

Musa Mitekaro
Victor Kozakov
Josney Rodríguez
Rainer Wanitschek
Ivan Williams
Ron Clouzet
Lucas Alves
Passmore Mulambo
Johnson J. Thadi
Wendell W. Mandolang
Darius Jankiewicz
Patrick Johnson
Daniel Opoku-Boateng

EDITOR

Saúl Andrés Ortiz

EDITOR ASOCIADO

Jorge L. Rodríguez

DIAGRAMACIÓN

Daniel Medina Goff

Para todo lo relacionado con cambios
y suscripciones, dirijase al Departamento
de Atención al Cliente de IADPA.
2905 NW 87th Ave.
Doral, Florida, 33172, EE. UU.
www.iadpa.org
305 599 0037

Impresión y encuadernación
USAMEX, INC.

Impreso en México / Printed in Mexico

Imágenes: ©Istockphoto

Las citas bíblicas han sido tomadas de la revisión
de 1995 de la versión Reina-Valera: RV95
© Sociedades Bíblicas Unidas (SBU). También se ha
usado la Reina-Valera Contemporánea: RVC © SBU,
la Dios Habla Hoy: DHH © SBU, la Nueva Traducción
Viviente: NTV © Tyndale House Foundation y la
Nueva Versión Internacional: NVI © Bíblica.



CONTENIDO

Secciones

4 En perspectiva
Jorge L. Rodríguez

4 Editorial
Elie Henry

Artículos

6 Enseñanzas del sistema
de ofrendas veterotestamentario
Franklin Martí

9 La importancia de Ofren-dar
Alejo Aguilar G.

12 El Don de Profecía y las ofrendas
Juan José Andrade

18 La ofrenda que más se necesita
en una iglesia con una visión mundial
Marcos Bomfim

24 Alimento en su casa:
Las ofrendas y la iglesia local
Mario Rondón

27 La benevolencia sistemática:
Una historia de entrega
Mario Niño

30 Cinco ideas para aumentar las ofrendas
en tu congregación
Diego A. Doria

**AUN PARA LAS MÁS INQUIETANTES
PREGUNTAS DEL SER HUMANO...**

¡HAY RESPUESTAS!

Una vez más, el reconocido autor Alejandro Bullón nos invita a vivir con propósito y confianza en el siglo XXI, alejando las dudas y el temor al fijar la vista en Jesús, quien es la Respuesta.



Adquiéralo hoy mismo en su librería IADPA más cercana





EN PERSPECTIVA

Todavía recuerdo con mucha alegría y un poco de nostalgia el primer distrito que tuve el privilegio de pastorear. Tuve la oportunidad de trabajar junto a personas maravillosas que me enseñaron lo que realmente significa ser pastor. Una de las principales lecciones que aprendí fue a prestar tanta atención a las ofrendas como a los diezmos.

Como dirigentes, nos resulta fácil concentrarnos en los diezmos cuando estudiamos, predicamos o promovemos la mayordomía y en ocasiones relegamos las ofrendas a un segundo plano, ignorando que son estas las que impulsan el crecimiento de la congregación local, promueven la misión mundial de la iglesia y permiten al miembro mostrar su generosidad. Por supuesto, el enfoque equilibrado entre ambos temas debiera llevarnos a «hacer esto sin dejar de hacer lo otro».

Considerando la importancia de este tema, se ha preparado este número especial de ANCIANO en conjunto con el departamento de Ministerios de Mayordomía de la División Interamericana. En las próximas páginas usted podrá encontrar artículos que presentan la visión bíblica y del Espíritu de Profecía de las ofrendas, su impacto local y mundial en la iglesia y algunos aspectos prácticos a considerar.

Desde la redacción de ANCIANO agradecemos a cada uno de los autores que colaboró con este número especial y también al departamento de Ministerio de Mayordomía por auspiciar este proyecto. Esperamos que al leer este número especial usted pueda, apreciado dirigente, obtener una perspectiva correcta de la importancia y el valor de las ofrendas para cada iglesia local y que podamos promover la generosidad en cada una de nuestras congregaciones, recordando siempre a «nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos» (2 Cor. 8: 9).

Jorge L. Rodríguez
Director de ANCIANO



¿Herramienta o droga?

Dios, mi dinero y yo

ELIE HENRY

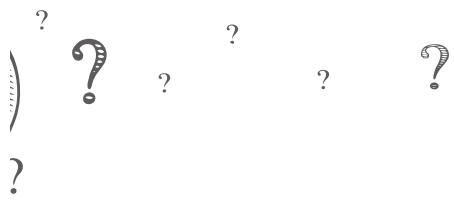
Todos, en algún momento de nuestras vidas, tenemos que tomar una o varias decisiones sobre cómo vamos a manejar nuestro dinero. Respecto al dinero hay dos puntos de vista bastante distintos: algunos sugieren que el lugar que el dinero debiera ocupar en nuestras vidas se asemeja a una **herramienta**, mientras que otros sugieren que la realidad es que el dinero se parece más a una **droga**.

La idea de que el dinero no es más que una **herramienta** es bastante antigua. Según este punto de vista, los seres humanos le damos valor al dinero porque es útil: nos permite pagar las cuentas, comprar alimento y llevar a cabo diversas actividades. Un ejemplo bíblico de esta perspectiva sobre el dinero lo encontramos en la parábola de los talentos (Mat. 25: 14-30). El problema con la teoría de la herramienta es que deja sin responder muchas preguntas incómodas, por ejemplo: ¿Por qué hay personas que ya tienen mucho dinero y aún así quieren tener más? ¿Por qué una persona con suficiente dinero se arriesgaría a perder a su familia o amigos, o incluso la salud, solo para obtener más dinero?

Seamos sinceros, nadie siente un apego emocional hacia sus herramientas. ¿O alguna vez has dejado de comprar un martillo por miedo a desarrollar un apego emocional enfermizo hacia él?

Sí, el dinero podrá ser una herramienta, pero mucho más a menudo es una **droga**. El dinero nos produce sensaciones que no podemos obtener de ninguna otra manera, nos da la momentánea ilusión de que estamos bien. Los autores bíblicos también conocían muy bien este aspecto del dinero. Por eso Pablo escribió que «los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hundan a los hombres en destrucción y perdición» (1 Tim. 6: 9).

Sí, el dinero puede ser una herramienta o una droga. O para expresarlo en el lenguaje bíblico: puede ser un siervo o un amo, un instrumento para adorar al Dios verdadero o un ídolo.



Elie Henry es el presidente de la División Interamericana.
Escriba su opinión sobre este artículo a: anciano@iadpa.org

Apreciado dirigente, ¿cómo estás usando tu dinero? ¿Lo usas como una herramienta para el beneficio de su dueño (Dios) o como una droga para tu placer personal? ¿Cómo podemos obtener la libertad para usar el dinero como una herramienta para Dios y su causa y no como una droga para nuestro placer personal?

La Biblia nos presenta el antídoto en una sola palabra: **Generosidad**. La generosidad es la solución que Dios ha provisto para librarnos del dinero como droga. Una lectura al Antiguo Testamento nos presenta la idea de que Dios siempre ha querido que su pueblo sea una comunidad generosa en diferentes aspectos. Al reflexionar en cuatro de esos aspectos es mi intención que le pidamos a Dios que ponga en nosotros una actitud de generosidad.

Generosidad con los diezmos

¿Generosidad en los diezmos? ¿Cómo podemos ser «generosos» con algo «fijo» como el diezmo? C. G. Tuland señala que había tres diezmos en el Antiguo Testamento. El primero se daba para Dios (ver Núm. 18: 21, 24) y servía para el sostén del ministerio. El segundo diezmo se daba para el bienestar físico y espiritual del ser humano, especialmente la familia, pues incluía el viaje y la celebración en el lugar que Dios escogiese (ver Deut. 14: 22-27). Este segundo diezmo nos enseña que para Dios es importante que su pueblo conecte la generosidad con el gozo y el deleite. Por último, el tercer diezmo se daba para satisfacer las necesidades del prójimo (ver Deut. 14: 28-29). Tuland concluye: «Dios, tú y tu prójimo es una buena trinidad para que consideremos cuando planificamos nuestras donaciones».¹

Generosidad con los primeros frutos

En Palestina, las personas vivían un año a la vez. Si la tierra no producía, estaban en graves problemas, y muchos podrían incluso morir. Así que cuando aparecían los primeros frutos, las personas podían alegrarse, porque los primeros frutos servían de anuncio a la gran cosecha que luego vendría. Por eso, cuando Dios instruyó que «las primicias de los primeros frutos de tu tierra traerás a la casa de Jehová, tu Dios» (Éxo. 23: 19), quería que su pueblo mostrara la gratitud por los frutos mediante la generosidad, o sea, dando.

Esta celebración estaba tan profundamente grabada en la mente del pueblo de Dios que Pablo comparó la resurrección de Jesús con las primicias (1 Cor. 15: 20). Tratar nuestros primeros ingresos como «primicias» nos puede ayudar a ver

el dinero como una herramienta en vez de como una droga. Lo opuesto sería tratar el dinero como los «últimos frutos»: cuando recibo mi cheque, pago todas mis cuentas y *entonces*, si sobra, decido cuánto puedo dar, que por lo general no es mucho. ¿Cómo daremos?

Generosidad en las ofrendas

El Antiguo Testamento contiene un código bastante extenso sobre los distintos tipos de ofrenda, pero uno de los rituales que más me llama la atención es el de la ofrenda mecida. ¿Sabes lo que se hacía con una ofrenda mecida? Sí, se la mecía. De nuevo, esto parece señalar que llevar una ofrenda al Señor, además de ser un mandato y un asunto serio, debe ser también un momento de gozo. Es por eso que Pablo dice que «Dios ama al dador alegre» (2 Cor. 9: 7).

Generosidad sabática

Sí, mi estimado dirigente, incluso el sábado tiene entre sus objetivos inculcar la generosidad en el corazón humano. Cada séptimo día, el pueblo de Dios renunciaba (y todavía renuncia) a su trabajo y sus ingresos para descansar confiados en el Señor. Pero además, cada séptimo año dejaban descansar la tierra y dejaban en libertad a los esclavos. Por último, después de siete años sabáticos (49 años), se celebraba el jubileo durante el año 50, donde no solo se devolvía la libertad a los esclavos y se perdonaban las deudas sino que las tierras volvían a sus dueños originales. El jubileo era una celebración de generosidad, a tal punto que en Lucas 4, Jesús inauguró su ministerio comparándolo con el jubileo. ¿Estamos tú y yo conectando el sábado con la generosidad?

Conclusión

Para los cristianos, el camino más seguro con respecto al manejo del dinero siempre será rendirlo a los pies de nuestro Señor Jesucristo y utilizarlo como un instrumento para el avance del evangelio, un instrumento para la edificación del carácter y un instrumento para dar un buen testimonio de nuestro Dios. Entonces, ¿usaremos el dinero como instrumento o como droga?

1. C. G. Tuland, «Los tres diezmos del Antiguo Testamento», *Anciano* no. 92 (abril-junio de 2018), p. 7.

Franklin Martí es profesor de Teología en la Universidad Adventista de las Antillas.

Escriba su opinión sobre este artículo a: anciano@iadpa.org

Enseñanzas del sistema de ofrendas veterotestamentario

FRANKLIN MARTÍ

El sistema de ofrendas del Antiguo Testamento comienza de forma indirecta después de que Adán y Eva pecaron y Dios los vistió con túnicas de pieles (Gén. 3: 21), pues las túnicas de pieles presuponen que se «ofreció» un sacrificio. Justo en el capítulo siguiente, Caín y Abel presentan sus respectivas ofrendas (4: 3-5), y en dicho relato notamos que Dios no solo toma en consideración lo que se ofrece sino también la actitud de los oferentes.

Si bien es cierto que Levítico 2 presenta la idea de que el adorador podía presentar una ofrenda de vegetales, no es menos cierto que ante la experiencia de Adán y Eva, la ofrenda de Caín puede ser considerada como contraproducente en el momento en que se hace porque, hasta ese

momento, no había un mandato bíblico para realizar este tipo de ofrenda. Por lo tanto, Caín decidió actuar por su propia cuenta, motivado por ciertos prejuicios.¹

Más tarde, el libro de Génesis presenta tanto a Noé como a Abraham ofreciendo animales limpios en holocausto a Dios (8: 20; 22: 13), lo cual es evidencia de que para sus sacrificios y ofrendas, los patriarcas tomaron como referencia el sacrificio hecho en el Edén. Veamos a continuación algunas perspectivas interesantes sobre el tema que encontramos en el Antiguo Testamento.

«El lugar que Dios escoja»

Los ejemplos de Noé y Abraham nos presentan la perspectiva de que cada oferente edificaba su propio altar donde consideraba oportuno, y allí ofrecía su





holocausto al Señor. En Sinaí, Dios dijo a Moisés que el pueblo debía ofrendar a él en todo lugar donde él hiciera que su nombre fuese recordado y allí él ofrecería su bendición (Éxo. 20: 24). Sin embargo, comprendiendo que los israelitas se podrían descarriar viendo los altares idólatricos que los cananeos habían edificado, Dios más adelante ordenó que dichos altares debían ser destruidos para evitar la idolatría (Éxo. 34: 13) y también prescribió traer ofrendas *solo al lugar que él escogiera* (Deut. 12: 5-14).

Haciendo los preparativos para escoger ese lugar, Dios mandó a Moisés a construir un santuario (Éxo. 25: 8) que contaba con un altar para los holocaustos donde los israelitas debían traer sus ofrendas (Éxo. 27: 1-8; 38: 1-7; 40: 29). Este altar se convirtió en el lugar donde se debían llevar las ofrendas al Señor porque allí él estaría para santificar al pueblo, comunicarse con ellos y habitar en su medio (Éxo. 29: 42-46).

El Antiguo Testamento presenta que Dios quiere evitar que su pueblo le presente ofrendas bajo la seducción de la idolatría o de un lugar atractivo a los sentidos (Eze. 20: 27-29). La historia del Antiguo Testamento revela que dejar de llevar las ofrendas al templo de Dios estaba directamente ligado a la apostasía del pueblo, el cual prefería adorar a los ídolos en los lugares altos (Jue. 2: 11-13, 17; Ose. 4: 13); por esto, era frecuente que el pueblo de Israel estuviera sumido en un círculo vicioso de apostasía, arrepentimiento y perdón, dependiendo del dirigente del momento. Así, ya se había convertido en costumbre que mientras un dirigente impío edificaba altares idólatricos y descarriaba al pueblo, un líder justo derribaba esos mismos altares y llevaba al pueblo a la consagración (Jue. 2: 18, 19; 2 Crón. 29: 3-36; 33: 2-8; 34: 3-7). Este círculo vicioso de apostasía y arrepentimiento se salió de control y desembocó en la destrucción del templo y el exilio babilónico (2 Crón. 34: 23-25; 36: 14-21).

Después del retorno del exilio y ya con el templo reconstruido, el profeta Malaquías hace un llamado solemne: «Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi Casa» (Mal. 3: 10). Este llamado señala que si bien el pueblo a lo mejor ya no podía ser acusado de idolatría o de dejarse atraer por algún lugar atractivo, ahora pesaba sobre él otro pecado: robar a Dios (vers. 8, 9). Dios declara solemnemente que esta falta solo se solucionaba volviendo a él (v. 7).

Claramente, una de las evidencias de consagración más evidentes en el Antiguo Testamento consiste en llevar el diezmo y la ofrenda *al lugar indicado por Dios*. Esta acción pone a Dios a prueba, porque por su propia voluntad promete con ella derramar una bendición superabundante (Mal. 3: 10).

Una ofrenda de corazón

Cuando Dios le pidió a Moisés que recogiera una ofrenda para la construcción del santuario, el texto bíblico expresa que dicha ofrenda debía ser voluntaria y de corazón

(ver Éxo. 25: 2). Moisés le repite al pueblo lo que Dios había pedido y el llamado surte efecto: el pueblo se volcó en ofrendas para la construcción del Tabernáculo (Éxo. 35: 5, 21-29).

En este relato encontramos una perspectiva muy valiosa para nuestra generación: Dios no tuvo que realizar dos pedidos al pueblo. La respuesta fue tan contundente, que Moisés, lleno de felicidad al ver tanta ofrenda, mandó a pregonar por todo Israel que no se trajera más (Éxo. 36: 6). Al leer el texto bíblico, podemos notar que no dice que se le «pidió», para lo cual el texto hebreo usaría la palabra *shaal*, sino que se le «impidió» (*kala'*), lo cual establece que hubo una actitud de intromisión por parte de los dirigentes para *obligar* a la gente a no traer más ofrenda.

Hoy en día dicha dinámica nos resulta extraña, pero se corresponde con la respuesta del pueblo. Dios habla, el pueblo responde, el objetivo se alcanza, ¿para qué pedir más?

Lamentablemente, como dice Elena G. de White: «La generosidad de los judíos en la construcción del tabernáculo y del templo ilustra un espíritu de dadivosidad que no ha sido igualado por los cristianos en ninguna ocasión ulterior». ² Es triste decirlo, pero, ¿cuántas veces hemos participado de planes que demandan de nuestras ofrendas voluntarias y de todo corazón, pero han tardado años en llevarse a cabo por falta de recursos? ¿Podrá alguien dar un paso al frente y relatar un testimonio de que en su iglesia hubo un plan evangelístico o de construcción y la gente respondió de tal manera que el pastor mandó a proclamar: «Por favor, ya no traigan más, tenemos suficiente»? Hoy Dios necesita que cada creyente cultive un espíritu de generosidad y dadivosidad de proporciones bíblicas. ¿Estás tú dispuesto a cultivarlo?

El sostén del Templo

Aunque es bien sabido que los sacerdotes recibían los diezmos del pueblo y con él subsistían (Números 18), también notamos que había ciertas actividades del Templo que dependían exclusivamente de las ofrendas de los adoradores. Quizás el mejor ejemplo de ello es la historia del rey Joás, cuyas enseñanzas no se limitan a los libros de relatos infantiles. 2 Reyes 12: 1-16 menciona que las reparaciones al edificio del Templo dependían de los donativos voluntarios del pueblo, así como había sucedido con la edificación del Tabernáculo en el desierto. Es prudente notar aquí que el texto establece que no todo el dinero se usaba para esos fines, pues estaba destinado a los sacerdotes (2 Rey. 12: 16).



Voto a Jehová y rescate

Levítico 27 trata varios asuntos que tienen que ver con votos hechos al Señor basados en las propiedades y la agricultura. Se expresa la posibilidad de que alguna persona, por alguna razón, haga una promesa a Dios que luego, ante una reflexión cuidadosa, se da cuenta de que no puede cumplirla. Ante esta situación, Dios estipula que si alguien hizo un voto y luego quiere ser libre del mismo, debe añadir una quinta parte al precio de lo que prometió dedicar.

Así, si una persona dedica una propiedad (casa o terreno) a Dios, pero luego la quiere para su uso personal, puede comprarla, añadiéndole la quinta parte al precio (vers. 14, 15, 19). También expresa la posibilidad de un agricultor que tiene cierto grano o fruto para diezmar y se da cuenta de que lo necesita para sembrar; el reglamento estipula que puede comprarlo para sí, añadiéndole la quinta parte (vers. 30, 31).

Es factible explicar que este capítulo no se refiere, como algunos han interpretado, a retener el diezmo para luego devolverlo con un incremento de una quinta parte; más bien habla del rescate de algo que había sido dedicado a Dios que luego se desea poseer.

Si la persona no quiere pagar la quinta parte por encima del precio porque lo considera costoso, entonces lo que debe hacer es no rescatar el artículo, sino venderlo por su valor y llevar el dinero al templo. Al fin de cuentas, es algo que ya no le pertenece.

Este pasaje, que no expresa la realidad económica posmoderna, nos presenta el inmenso valor que posee aquello que dedicamos al Señor y puede proveer un principio bíblico para algunas situaciones no muy comunes en nuestra economía posmoderna.

Una ofrenda vana

Como mencionamos al principio de este artículo con respecto a la ofrenda de Caín, Dios está más interesado en la ofrenda del adorador sincero que en la del hipócrita (Sal. 20: 1-3). La experiencia de Israel durante el tiempo de los profetas revela el camino infeliz por el cual transitaba el pueblo. Nótese la protesta divina a través de Isaías que resalta la frustración de Dios porque las ofrendas se usaban como un sustituto de la gracia divina (Isa. 1: 11).

El pueblo pensaba que llevando ofrendas al templo les daba la seguridad de salvación, sin importar su relación con Dios y con el prójimo. Para Dios, estas ofrendas eran vanas y abominables (vers. 13). El principal problema radicaba en que los oferentes extendían las manos en adoración delante de Dios, pero lo que él veía era manos llenas de sangre (vers. 15) y que, además, desamparaban al necesitado (vers. 17).

A esto, Jeremías añade el mal de la idolatría, que tanto daño había hecho a Israel, pero que era atractiva para su apariencia de piedad (Jer. 7: 5, 6). Dios se muestra tan hastiado

de las ofrendas traídas por adoradores desleales que reprende al pueblo diciendo que él nunca habló de eso cuando los sacó de Egipto; que su conversación con Israel se basaba en que escucharan su voz y entonces él sería su Dios (Jer. 7: 22, 23). Este principio de adoración no era nuevo; ya Samuel se lo había presentado al rey Saúl (1 Sam. 15: 22). Dios sabe que el verdadero adorador va a traer la ofrenda con una actitud correcta (Ose. 6: 6).

Entonces, ¿qué podemos aprender?

El Antiguo Testamento presenta una perspectiva hermosa y llena de enseñanzas sobre el tema de las ofrendas.

1. Dios prescribió traer las ofrendas a un lugar concreto, nosotros los adoradores no tenemos la autoridad de cambiar dicho lugar. Cada vez que los israelitas dejaban de llevar sus ofrendas al Templo caían en la idolatría, quizás por eso Jesús dijo que «donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Mat. 7: 21). Cuando dejamos de llevar nuestras ofrendas a la iglesia y preferimos llevarlas a «otro lugar» o a usarlas para propósitos personales o necesidades de otros, la Biblia sugiere que somos presa fácil de la idolatría, pues cultivamos en nosotros el hábito de dar prioridad a nuestras opiniones sobre lo que Dios ha establecido en su Palabra.
2. Cuando Dios nos llama a apoyar con nuestras ofrendas un plan evangelístico, de construcción o de cualquier otra índole, hemos de dar hasta que los dirigentes nos lo impidan. Si el pueblo de Israel pudo hacerlo, demos ahora nosotros un paso al frente e igualemos a nuestros ancestros espirituales.
3. Nuestras ofrendas no solo desempeñan un papel protagónico en los proyectos de construcción sino en el mantenimiento de los mismos, como bien ilustra la historia del rey Joás.
4. Nuestra relación personal con Dios y la actitud con la que entregamos a Dios aquello que le hemos dedicado, así como nuestras acciones, importan más que la cantidad de nuestras ofrendas.

1. En defensa de Caín se pudiera argumentar que, hasta ese momento, tampoco había un mandato bíblico para realizar ofrendas de animales; sin embargo, el sacrificio hecho luego del pecado de Adán y Eva ya de por sí marcaba un precedente de cuál era la voluntad de Dios. Ver Elena G. de White, *Historia de la Redención*, 51-55; *Patriarcas y Profetas*, 54-59.

2. Ver Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, Florida: IADPA, 2008), t. 4, p. 81.



Alejo Aguilar G. es pastor en la Asociación del Golfo, México.

Escriba su opinión sobre este artículo a: anciano@iadpa.org

La importancia de Ofren-dar

ALEJO AGUILAR G.

¿En qué piensas cuando escuchas la palabra «ofrendar»? ¿En una sección fija del programa de la Escuela Sabática? ¿En algo de lo que se debe hablar periódicamente en los servicios de la iglesia? ¿O en el conteo de dinero que recién tuviste que hacer para ayudar a la tesorera de la congregación?

Ofrendar, esencialmente, tiene que ver con la última parte de esa palabra, con «dar». El problema es que, desde la entrada del pecado, ese verbo no es el que mejor conjugamos los seres humanos.

En abierto contraste, la Biblia describe a Dios, y a Cristo, dando y beneficiando constantemente a los seres humanos. Por ello, Cristo exhorta a sus seguidores a dar, ya que ellos han recibido también de Dios: «...de gracia recibisteis, dad de gracia» (Mat. 10: 8).

Pero, en el plan divino, «dar» tiene que ver con mucho más. A continuación, haremos un breve repaso de lo que el Nuevo Testamento enseña respecto al acto de ofrendar.

Ofrendar es reconocer

Ofrendar en el Nuevo Testamento está asociado con reconocer varias cosas. Por ejemplo, cuando los sabios de oriente ofrendaron sus presentes a Cristo, lo hicieron reconociéndolo como rey; un rey que, además, merecía ser adorado (Mat. 2: 2). Mediante sus ofrendas, los magos reconocieron la naturaleza y la superioridad de Cristo. Y fue su actitud ante el Señor del universo la que quedó reflejada en sus ofrendas.

Más adelante, el Evangelio de Lucas se referirá a una mujer que también encarna esta misma actitud. ¿Recuerdas a aquella viuda pobre que trajo su ofrenda al templo? (Luc. 21: 1-4). A diferencia de los ricos que también ofrendaron en aquella ocasión, Jesús pudo ver en esta mujer una expresión genuina de entrega. Al dar, no de lo que le sobraba, sino de lo único que tenía, ella mostró plena confianza en las promesas de Dios, reconociéndolo como Aquel que seguiría proveyendo para ella, como su fuente última y confiable de sustento.

Ofrendar, asimismo, es reconocer que las necesidades de la iglesia local deben ser suplidas. Aunque con una actitud muy diferente, es evidente que, tanto las ofrendas de los ricos como la de la viuda del relato, tenían como función primaria el sostén del Templo. Pero probablemente los pasajes más claros al respecto, solo que aplicados a la nascente iglesia cristiana, aparecen en el libro de los Hechos.

La conocida frase «y tenían en común todas las cosas» (Hech. 2: 44) deja ver que los primeros cristianos llegaron a considerar que sus bienes y posesiones estaban al servicio y misión de la iglesia. Incluso, cuando fue necesario, algunos no dudaron en vender sus propiedades (Hech 4: 34-35). Y, una vez que lo hacían, entregaban el dinero obtenido a los apóstoles, quienes se encargaban de administrarlo (Hech 4: 37). Pese a que el uso de este incipiente sistema debió irse adaptando al paso del tiempo, su función seguramente ayudó a los creyentes a reconocer el papel de sus ofrendas al suplir las necesidades locales de la iglesia.

Cuando el Nuevo Testamento nos habla de ofrendar, por consiguiente, nos invita a hacerlo como un reconocimiento de nuestra entrega plena a Jesús. Un reconocimiento genuino a



su grandeza y señorío, pero también una expresión de nuestra plena confianza en Dios, quien es suficientemente poderoso para sostenernos y, mediante nuestras ofrendas, sostener también a su iglesia.

Ofrendar trae bendición

En nuestro recorrido por el Nuevo Testamento, es fácil notar que el apóstol Pablo es quien más habla del tema de las ofrendas.

Un claro ejemplo lo encontramos relacionado con la ofrenda proveniente de la iglesia de Macedonia. Buena parte del capítulo cuatro de la epístola a los Filipenses trata sobre esto. Al analizar este pasaje, podemos ver que, para Pablo, el valor de esta ofrenda no radicaba en la ayuda económica que representó para él, sino en el beneficio que representó para los mismos macedonios: «No es que busque donativos, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta» (Fil. 4: 17).

Al referirse a la «cuenta» de los macedonios, Pablo está hablando en términos comerciales para describir la bendición espiritual implícita en dar. Semejante a una inversión, cuyos rendimientos se traducen en bendiciones espirituales, dar coloca al creyente en una posición idónea para experimentar la gracia divina: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4: 19). Filipenses 4 es claro, al proveer para las necesidades de los macedonios y luego, a través de ellos, suplir las necesidades de Pablo, Dios bendijo a ambos.

Sin embargo, Pablo va más allá en su entendimiento y función de las ofrendas. Esto puede verse en los pasajes en donde el apóstol habla de una ofrenda especial en favor de los creyentes de Jerusalén. Uno de los propósitos principales de esta ofrenda era fomentar la unidad de la Iglesia, dándole una expresión práctica a la unidad entre los creyentes de origen gentil y los de origen judío.

Siendo que las bendiciones materiales y espirituales provienen del mismo Dios, ofrendar brinda la oportunidad de que las iglesias compartan dichas bendiciones, así como la confianza en el mismo Dios. Recordar eso cada vez que damos y promovemos específicamente nuestras ofrendas misioneras, debe hacerse siempre en el marco de la bendición que implica el acto de ofrendar.

Ofrendar es ser transformados

Otro momento en el que el apóstol Pablo habla de ofrendar ha quedado registrado en su segunda carta a los Corintios: «Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia, porque, en las grandes tribulaciones con que han sido probadas, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad» (2 Cor. 8: 1, 2).

Pablo le dice los miembros de la iglesia de Corinto que la «gracia de Dios» obró en los hermanos de Macedonia

generando una disposición a dar. ¿Gracia? Bueno, es preciso aclarar que este término puede significar varias cosas para Pablo. Así que dejemos que él mismo nos proporcione más indicios al respecto en este pasaje: «Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico; para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos» (2 Cor. 8: 9).

Para Pablo, la generosidad del cristiano es una imitación de la actitud de su Señor, la respuesta a su misericordiosa «gracia». Tal manifestación de amor es lo que debía motivar a los corintios a dar una ofrenda para los pobres de Jerusalén. Al ser beneficiarios de la gracia divina, los corintios debían considerar la invitación de Pablo como una oportunidad para compartir de lo ya recibido.

Puesto que Dios nos provee de lo necesario, pero también espera que aprendamos a compartir con otros, ofrendar y apoyar con ello a otras iglesias ciertamente contribuye a la transformación que Dios espera que ocurra en sus hijos. Actuando directamente en contra de nuestro egoísmo, cada vez que ofrendamos es como recibir una especie de «vacuna» contra el egoísmo.

En esa misma lógica, el apóstol agrega lo siguiente: «Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza ni por obligación, porque Dios ama al dador alegre» (2 Cor. 9: 7). Dar voluntariamente, y «no con tristeza», denota un obvio contraste reflejado a la hora de ofrendar. Al usar el término «tristeza», que en muchas partes del Nuevo Testamento se traduce como «dolor», Pablo nos deja ver que, en sus días, ya había cristianos a los que dar les ocasionaba «dolor».

Pero ofrendar, aclara el apóstol, no debe hacerse «por obligación», sino con una actitud de gozo, «porque Dios ama al dador alegre». Solo ese amor y la gracia transformadora de Dios obrando en nuestro ser puede capacitarnos para ofrendar correcta y generosamente. Por cuanto dar nos hace más semejantes a nuestro Señor, el acto de ofrendar propicia mejores condiciones para dicha transformación.

Ofrendar requiere planificación

Aunque Pablo no dice que cada miembro de iglesia debe ofrendar una cantidad de dinero específica, sí establece un principio bíblico como referencia: «Conforme a lo que tengáis» (2 Cor. 8: 11). Esto es, de acuerdo a como el Señor nos haya «prosperado». «Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas» (1 Cor. 16: 2).

Esta decisión es obviamente personal, pero evidentemente no se espera que sea una decisión que tomemos justo antes de que el diácono pase por nuestro asiento. La idea de que el creyente separe su ofrenda en el hogar y en un día concreto de la semana resalta dos cosas: la prioridad que tal



actividad debe tener en la experiencia cotidiana del cristiano, así como el hecho de que ofrendar también es un asunto familiar. Incluir a la familia en esta «planificación» contribuye a arraigar en cada uno de sus miembros una práctica divinamente establecida y que testifica de las bendiciones recibidas en el hogar.

Ofrendar es, ciertamente, un acto voluntario, pero Pablo nos recuerda que también debe hacerse siempre de manera adecuada. Planificar periódicamente lo que cada hogar ha de ofrendar (o no hacerlo) dice mucho de la importancia que una familia le da a la obra que realiza la iglesia en nombre de Dios.

Conclusión

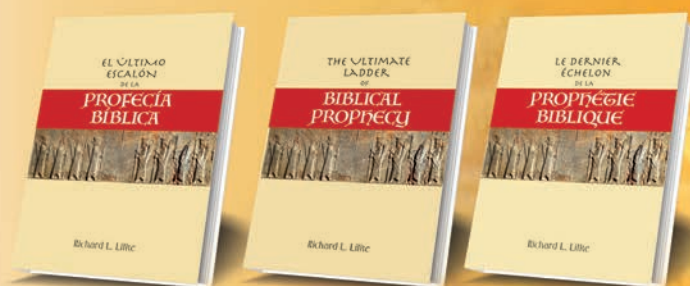
Ofrendar, a la luz del Nuevo Testamento, tiene que ver al menos con cuatro cosas:

1. Ofrendar es reconocer que Dios es el mayor dador del universo. Como Dios es fiel a sus promesas y estas incluyen la de proveer para nuestras necesidades, ofrendar es reconocer que nuestro Dios es confiable y que es, en consecuencia, el Señor de nuestra vida.
2. Ofrendar es participar de la bendición de la obra de Dios, que se revela en lo individual, pero también de manera colectiva mediante la iglesia. Al entregar nuestras ofrendas, los cristianos reconocemos que hemos sido bendecidos por Dios y que deseamos que esas bendiciones también alcancen a otros miembros de la familia de Dios.
3. Si «dar» es la parte más importante de la palabra ofrendar, hacerlo correctamente debiera ser una expresión de «darnos» a Dios, de nuestra entrega a él. Ofrendar tiene

mucho que ver con nuestra experiencia cristiana, porque es un medio más que el Señor utiliza para continuar su obra transformadora en nuestra vida, especialmente en lo que a eliminar el egoísmo se refiere. Desde la perspectiva divina, ofrendar tiene que ver con lograr algo en la vida del creyente. Por eso, como parte importante de las bendiciones de ofrendar, Dios anhela que, mediante esta práctica, su pueblo sea capaz de expresar su gratitud, así como un amor semejante al de él. En efecto, Dios está más que dispuesto a llevar a cabo dicha transformación en nuestra vida.

4. Ofrendar contribuye a testificar que Dios ocupa el primer lugar en la vida del creyente. Dado que reconocemos a Dios como el Señor de la vida, la ofrenda que planificamos y apartamos en casa viene a ser un acto de reconocimiento y adoración. Al poner aparte esa cantidad de dinero, antes de invertirla en otra cosa, estamos diciéndole al Señor, y a nuestros hijos, que nuestras prioridades tienen que ver con Dios y con su obra a través de la iglesia. Ofrendar es un acto voluntario y que ha de estar de acuerdo con nuestros ingresos, pero debe ser también un acto que hemos de realizar de manera organizada y sistemática.

El hecho de que el Señor espera que ofrendemos no debiera ser una carga para el creyente, ni una carga más para ti como dirigente de la iglesia. Dios quiere que experimentemos el gozo de dar. Recordar esto, pero sobre todo experimentarlo, es vital a la hora de abordar este tema con la iglesia. Sé que Dios te ayudará a llevar a cabo con sabiduría ambas cosas mientras continuas «dándote» a Dios y a su obra.



**Las profecías bíblicas son mucho más que símbolos y fechas,
en ellas Dios nos revela un futuro con esperanza.**

Esta obra se centra en las últimas profecías del libro de Daniel,
que abarcan desde el tiempo del profeta hasta nuestros días.

Adquiéralo en su librería
IADPA más cercana

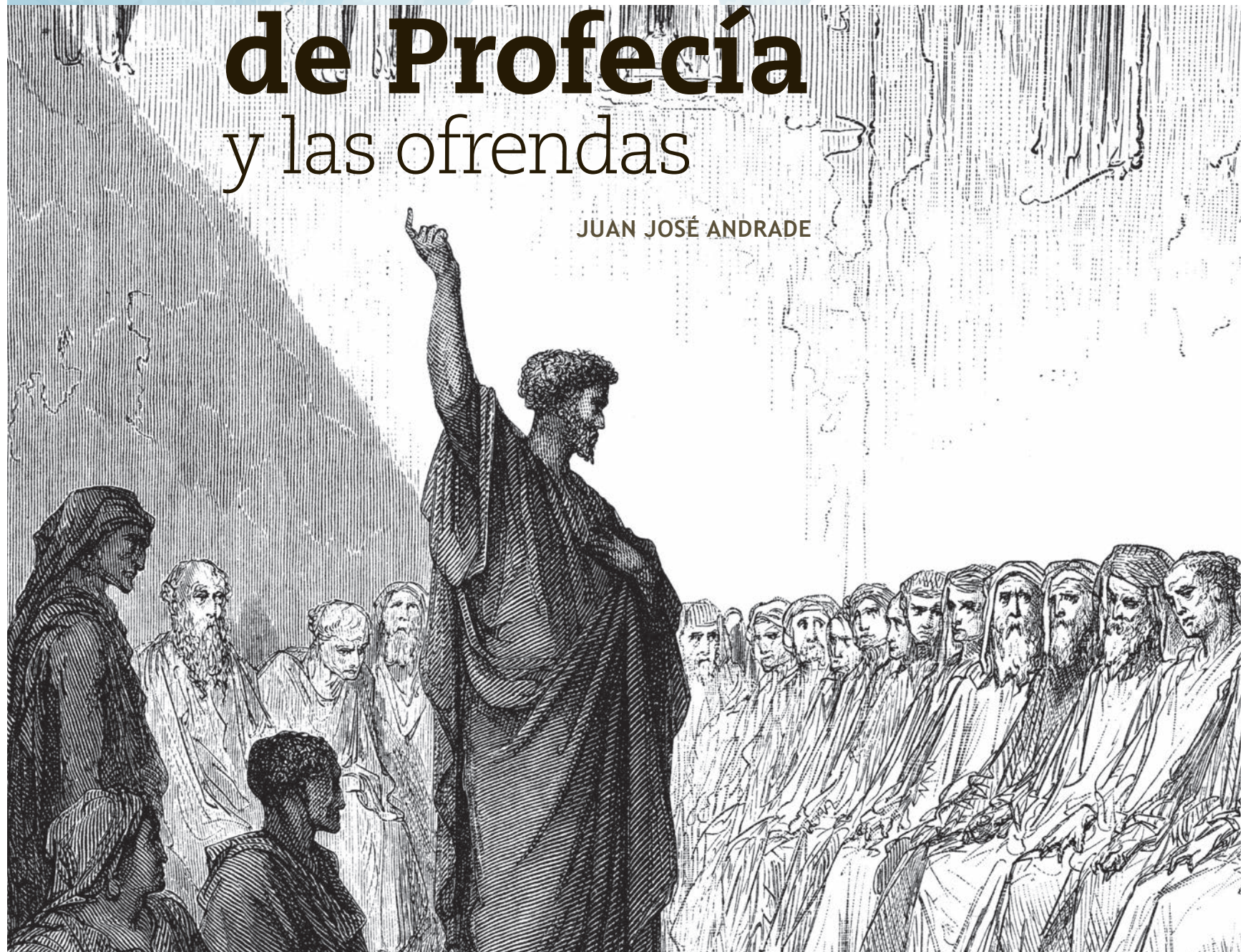


Juan José Andrade es el decano de la Facultad de Teología y Director del Centro de Investigación Elena G. de White de la Universidad de Montemorelos en Nuevo León, México.

Escriba su opinión sobre este artículo a: anciano@iadpa.org

El Don de Profecía y las ofrendas

JUAN JOSÉ ANDRADE





Las orientaciones que encontramos en las Sagradas Escrituras con respecto a las ofrendas son bastante amplias. Los mensajeros de Dios comunicaron a viva voz y por escrito los mensajes inspirados que recibieron (2 Tim. 3: 16). A lo largo de los siglos, los cristianos hemos incorporado esas orientaciones a nuestras expresiones de gratitud, y lo hemos hecho basados en dos principios generales: (1) Porque Dios lo ha indicado (Éxo. 25: 2; Deut. 16: 16, 17; Luc. 6: 38) y (2) porque es nuestro deseo expresar gratitud a Dios por sus bendiciones (1 Crón. 29: 14; Sal. 116: 12; Miq. 6: 6; Efe. 1: 3).

Los profetas bíblicos y las ofrendas

Aunque ya hemos visto en los dos artículos precedentes tanto lo que el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento enseñan sobre las ofrendas, siempre podemos resaltar algunos puntos adicionales. Un análisis de los textos que abarcan siglos de historia bíblica muestra que el don de profecía promovió mensajes de parte de Dios (2 Crón. 36: 15,16) con respecto a su voluntad tanto para la nación en general como para individuos en particular en torno a las expresiones de adoración. Inspirados por Dios (2 Ped. 1: 21; Amós 3: 7), los profetas tenían la intención de ayudar al pueblo escogido a vivir más y mejor y a generar un testimonio convincente y poderoso de su culto y de su adoración para alcanzar a otros y atraerlos al conocimiento del Dios verdadero. Profetas como Isaías, Jeremías, Ezequiel, Joel, Amós, Sofonías y Malaquías en el Antiguo Testamento entregaron valiosas orientaciones sobre el cómo y por qué ofrendar como expresión de adoración a Dios.

El impacto del testimonio que el Señor esperaba que su pueblo diera a otras naciones, se observa en las palabras del profeta Isaías cuando dijo: «Jehová se dará a conocer a Egipto, y los de Egipto conocerán a Jehová en aquel día. Harán sacrificio y oblación; harán votos a Jehová y los cumplirán» (Isa. 19: 21). Asimismo Jeremías escribió: «Y vendrán de las ciudades de Judá, de los alrededores de Jerusalén, de la



tierra de Benjamín, de la Sefela, de los montes y del Neguev, trayendo holocausto y sacrificio, ofrenda e incienso, y trayendo sacrificio de alabanza a la casa de Jehová» (Jer. 17: 26).

El profeta Ezequiel señaló al santuario como el lugar de destino de las ofrendas: «Me dijo: “Las cámaras del norte y las del sur, que están delante del patio, son cámaras santas en las cuales los sacerdotes que se acerquen a Jehová comerán las santas ofrendas; allí pondrán las ofrendas santas, la ofrenda, la expiación y el sacrificio por el pecado, porque el lugar es santo”» (Eze. 42: 13).

Con tristeza, el profeta Joel alude a la escasez de las ofrendas manifestada en la casa del Señor debido a los efectos devastadores de la plaga de langostas de su tiempo (Joel 1: 9): «Vestíos de luto y lamentad, sacerdotes; gemid, ministros del altar; venid, dormid con ropas ásperas, ministros de mi Dios; porque quitada es de la casa de vuestro Dios la ofrenda y la libación» (1: 13).

En su perfil multifacético, el profeta como representante y portavoz de Dios, maestro de justicia y reformador moral, guió también la evaluación del desempeño tanto individual como colectivo del pueblo escogido en su práctica de culto y adoración. Cuando Israel se alejaba de Dios y practicaba la idolatría, la injusticia y la mentira con sus semejantes, y cerraba su corazón al necesitado; sus ofrendas y holocaustos le eran un oprobio a Dios. Es por eso que encontramos expresiones como las registradas por el profeta Jeremías: «Cuando ayunen, yo no escucharé su clamor, y cuando ofrezcan holocausto y ofrenda no los aceptaré, sino que los consumiré con espada, con hambre y con pestilencia» (Jer. 14: 12),

Los mensajeros neotestamentarios continuaron impartiendo orientaciones precisas a la iglesia cristiana en cuanto a la naturaleza de la ofrenda que agrada a Dios. El apóstol Pablo escribió: «El que siembra generosamente, generosamente también segará» (2 Cor. 9: 6), señalando así un principio fundamental al ofrendar: la generosidad.

Otros dos aspectos significativos al ofrendar, según las instrucciones de Pablo son: (1) que primero debemos darnos nosotros mismos a Dios (Rom. 12: 1) y entonces, cuando las ofrendas sean el resultado del ejercicio de la razón, independientemente de cómo anden las emociones, (2) las ofrendas serán dadas de manera sistemática y no esporádica (1 Cor. 16: 2). Además, siguiendo el ejemplo de los macedonios, el apóstol nos presenta que el espíritu de generosidad y la atención a los más necesitados son características de las ofrendas que agradan a Dios (2 Cor. 8: 2-5).

Elena G. de White y las ofrendas

Siguiendo la línea de la inspiración divina, la manifestación contemporánea del don de profecía en la persona de Elena G. de White provee también para la iglesia remanente

claras orientaciones en el ejercicio y expresión de la adoración a Dios por medio de las ofrendas. Sus escritos fueron dados para reafirmar y atraer nuestra atención de forma concreta a las verdades ya registradas en la Biblia.¹ En este sentido, ella enfatiza varios principios fundamentales en nuestra experiencia de ofrendar.

1. **Debe quedarnos claro que Dios no necesita de nuestras ofrendas para hacer avanzar su obra.** Tampoco él las necesita para sí mismo, pues como dice en su Palabra: «Mía es la plata y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos» (Hageo 2: 8). Pero por nuestra naturaleza caída, nosotros sí necesitamos dar ofrendas porque son una ayuda provista para vencer el egoísmo y la avaricia de nuestro corazón. «La benevolencia constante y abnegada es el remedio de Dios para los pecados ulcerosos del egoísmo y la codicia».² Con respecto a la intensión divina de las ofrendas, Elena G. de White dice: «El Señor no necesita nuestras ofrendas. No podemos enriquecerlo con nuestros donativos».³ Además ella añade:

«Dios no depende del hombre para sostener su causa. Podría haber enviado medios directamente del cielo para suplir su tesorería, si en su providencia lo hubiese considerado mejor para el hombre. Podría haber formulado planes para que los ángeles hubiesen sido enviados a publicar la verdad al mundo sin intervención de los hombres. Podría haber escrito las verdades en el firmamento y haber dejado que éste declarase al mundo sus requerimientos en caracteres vivos. Dios no depende del oro o la plata de hombre alguno... Cualquiera necesidad de que intervengamos en el adelantamiento de la causa de Dios, ha sido ordenada a propósito para nuestro bien. Él nos ha honrado haciéndonos colaboradores suyos. Ordenó que fuese necesaria la cooperación de los hombres a fin de que pudiesen practicar la generosidad».⁴

2. **Dar ofrendas debería ser el resultado del ejercicio de la voluntad individual y no la manifestación de una obligación externa.** La Mensajera del Señor escribió bajo inspiración: «Dios quiere ofrendas voluntarias. Los que den deben considerar que es un privilegio el poder hacerlo».⁵ Una ofrenda dada sin el deseo sincero de hacerlo es un acto fingido. En cambio, señaló que «las ofrendas voluntarias de nuestros hermanos y hermanas, hechas con fe y amor al Redentor crucificado, les reportarán bendiciones; porque Dios toma nota de todo acto de generosidad de parte de sus santos, y lo recuerda».⁶



3. **Todos, ricos y pobres, adultos y niños, podemos ofrendar porque no es la cantidad lo que realmente importa sino los motivos que nos impulsan.** Prestemos atención a la siguiente declaración:

«Entre los pobres hay muchos que desean demostrar su gratitud a Dios por su gracia y verdad. Anhelan participar con sus hermanos más prósperos en el sostenimiento de su servicio. Estas almas no deben ser repelidas. Permítaseles poner sus blancas en el banco del cielo. Si las dan con corazón lleno de amor por Dios, estas aparentes bagatelas llegan a ser donativos consagrados, ofrendas inestimables que Dios aprecia y bendice».⁷

También escribió: «Si son fieles en emplear lo poco que poseen, su tesoro en los cielos aumentará de acuerdo con su fidelidad. Es el motivo, no la cantidad, lo que hace valiosas sus ofrendas a la vista del cielo».⁸

4. **Al ser desarraigado el egoísmo por medio de las ofrendas, la iglesia experimentará resultados maravillosos.**

«Suponed que Cristo morara en cada corazón y que el egoísmo en todas sus formas desapareciera de la iglesia, ¿cuál sería el resultado? La armonía, la unidad y el amor fraternal se verían en nuestro medio tan realmente como en la iglesia que Cristo primero estableció. Por dondequiera se vería la actividad cristiana. La iglesia entera ardería como llama de sacrificio para la gloria de Dios. Cada cristiano traería el fruto de su abnegación para ser consumido sobre el altar. Habría más actividad en la elaboración de nuevos métodos de servicio y en el estudio de cómo acercarse a los pobres pecadores para salvarlos de la destrucción eterna».⁹

5. **Las ofrendas impactan a los no creyentes.** Dado que una de las formas más poderosas en manos de Dios para la predicación del evangelio es el testimonio personal, Elena G. de White indicó que la manifestación de un espíritu abnegado por medio de las ofrendas y la dadivosidad para atender las necesidades de los más desafortunados hará mucho bien para impactar los corazones de los incrédulos y terminar la obra de la predicación. Al respecto dijo:

«De ninguna otra manera podría ser más glorificado el Señor y la verdad más honrada, que si los incrédulos pudieran ver que la verdad ha llevado a cabo una obra grande y buena sobre las vidas de seres humanos que por naturaleza son codiciosos y mezquinos [...] al ver sus buenas obras, se sentirían inducidos a glorificar a su Padre que está en los cielos».¹⁰

Finalmente, en esta última etapa de la historia de la humanidad, como adventistas podemos hacer una gran obra en favor de la verdad si somos generosos en nuestras ofrendas e invertimos para la edificación del reino eterno. La Mensajera del Señor nos dice:

«El Señor llama hoy a los adventistas del séptimo día, en todo lugar, para que se consagren enteramente a él, haciendo todo lo que esté a su alcance para su obra, según las circunstancias en que se encuentren. El desea verles mostrar, por medio de dones y ofrendas generosas, cuánto aprecian sus bendiciones y cuánta gratitud sienten por su misericordia».¹¹

Si el plan de la salvación que Dios nos ha hecho conocer por medio del ejemplo de Jesucristo comienza y termina con la benevolencia, ¿no sería bueno que como sus representantes lo manifestáramos abiertamente?

1. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, 2008), t. 5, p. 624.
2. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, 2008), t.3, p. 601.
3. Elena G. de White, *The Review and Herald*, 6 de diciembre de 1887.
4. Elena G. de White, *Consejos para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, s.f.), p. 497.
5. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, 2008), t. 1, p. 164.
6. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, 2008), t. 4, p. 80.
7. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes* (Doral, FL: IADPA, 2007), p. 582.
8. Elena G. de White, *Obreros evangélicos* (Buenos Aires: ACES, 1992), p. 234.
9. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, t.5, p. 191.
10. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, t. 2, p. 216.
11. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, 2008), t. 9, p. 80.

A close-up, over-the-shoulder view of a person with long dark hair reading an open book. The scene is bathed in a warm, golden light, likely from a window or lamp, creating a peaceful and focused atmosphere. The person's hands are visible, holding the pages of the book. The background is softly blurred, showing what appears to be a wooden surface and a window with a view of a landscape.

Devocionales 2022

¡Ya disponibles!

**Disfrute de lecturas de esperanza
y crecimiento espiritual diario
para usted y para toda su familia.**



Disponibles en las librerías IADPA.

IADPA
Bookstore



Marcos Bomfim es el director del departamento de Ministerios de Mayordomía de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día.

Escriba su opinión sobre este artículo a: anciano@iadpa.org

La ofrenda que más se necesita

en una iglesia con una visión mundial

MARCOS BOMFIM

«**C**on mis ofrendas, estoy financiando la iniciativa de un banco de alimentos en un país pobre, y con cada bolsa de alimentos se entrega un libro misionero». Eso me dijo Edward,¹ un miembro consagrado de la congregación a la que pertenezco, en Maryland, Estados Unidos. Por otra parte, Nelson, un amigo que trabaja en un país en vías de desarrollo, me dijo que él guarda sus ofrendas en una cuenta bancaria especial, esperando el mejor momento para entregarlas.

Mientras reflexionaba en estos dos casos reales, también me preguntaba cuál es realmente la forma más eficiente de usar o distribuir «mis» ofrendas. Por cierto, ¿por qué es importante dar ofrendas si ya estoy diezmando? ¿Qué importancia tienen las ofrendas en el contexto del tiempo del fin? ¿Deberíamos también traer ofrendas de forma regular y sistemática al alfolí, como lo hacemos con los diezmos? Si las ofrendas realmente pertenecen a Dios y no son mías, ¿debería *yo* decidir a quién darlas, o hay principios que puedo poner en práctica al ofrendar? Por último, ¿cuál es *el tipo* de ofrenda que más se necesita en estos tiempos?

¿Por qué debería ofrendar si ya estoy diezmando?

Estas son algunas de las razones por las que las ofrendas deben considerarse tan necesarias como los diezmos:

1. Porque Dios requiere y espera nuestras ofrendas. La Biblia dice que tanto los diezmos como las ofrendas son igualmente requeridos y esperados por Dios y que, el hecho de que traiga uno no me exime de entregar el otro (ver Mal. 3: 8). Elena G. de White, la mensajera de Dios para estos últimos días, también es clara sobre el tema.²

- 2. Porque las ofrendas son una expresión de reconocimiento y gratitud.** David dijo que todas las cosas, incluidos mis ingresos y mi progreso financiero, provienen de Dios, y en base a ello debería dar las ofrendas además de los diezmos (ver 1 Crón. 29: 14). Se supone, entonces, que debo llevar a Dios los primeros frutos (la primera y mejor parte) de todo mi ingreso (Prov. 3: 9), como una forma de demostrar mi reconocimiento de que él es la fuente de todo lo que poseo.
- 3. Porque las ofrendas requieren un proceso de decisión más elaborado que los diezmos.** Para dar los diezmos, solo necesito decidir si puedo cumplir o no con las claras instrucciones que Dios ha dado sobre el tema en su Palabra. Pero cuando se trata de las ofrendas, además de la elección de obedecer o no, también necesito elegir cuánto daré. Es por eso que la Biblia se refiere a las ofrendas como un proceso que implica planificación (ver 2 Cor. 9: 7).
- 4. Porque las ofrendas tienen un rango de acción mayor que el diezmo.** Los diezmos son sumamente importantes, pero también son fondos con un objetivo muy concreto y definido, porque solo se pueden utilizar, según lo prescrito por Dios, para el sostén de los que han sido acreditados y designados por la iglesia para predicar el evangelio (véase Núm. 18: 21, 24).³ Por otro lado, las ofrendas son un fondo más abierto que puede usarse para respaldar casi todos los demás gastos relacionados con la obra misionera en todo el mundo (consulte las infografías 1 y 2). Esto hace que las ofrendas sean un fondo misionero muy importante y versátil en el contexto del tiempo del fin, representando una gran porción del movimiento financiero total de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Por lo tanto, las ofrendas son fundamentales para llevar a cabo el mandato de Jesús de predicar el evangelio del reino «en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones» (Mat. 24: 14). En las Infografías 3 y 4, encontrará cómo estamos progresando en este tema.



1

El uso de los diezmos



Se utilizan para el sostén del ministerio.



2

Algunos ejemplos de cómo se usan las ofrendas

En la iglesia local (evangelismo, gastos fijos, construcción o renovación)

En nuestras estaciones de radio y televisión (*Adventist World Radio*, *Esperanza TV*, centros de medios).

En las escuelas y universidades (formando misioneros).

En ADRA.

En el Ministerio de Jóvenes (en los más de 60,000 clubes de Conquistadores, por ejemplo).

Atendiendo a las viudas y los huérfanos (*Servicios Comunitarios Adventistas*).

En los hospitales, dispensarios y clínicas.

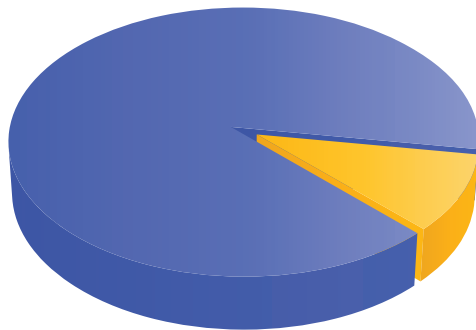
Evangelismo.

En la publicación de literatura.

Presupuesto misionero a nivel de Asociación/Misión. Unión y División (apoyando las distintas iniciativas misioneras y de desarrollo en sus respectivas regiones).

3

Países en los que la Iglesia Adventista tiene obra establecida⁴ (hasta 2019)⁵



Total de países y zonas del mundo: 235.

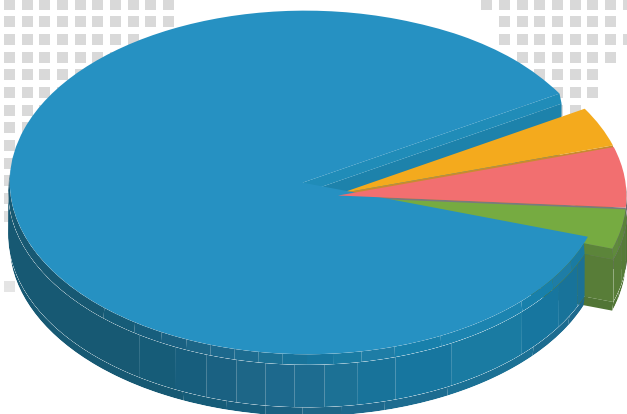
- Países y zonas del mundo en los que está establecida la obra adventista del séptimo día: 212
- Países y zonas del mundo en los que no está establecida la obra adventista del séptimo día: 23

Población estimada del mundo (al 30 de junio de 2019): 7,691,520,000

- Población estimada de países y zonas del mundo en los que está establecida la obra adventista del séptimo día: 7,470,014,000
- Población estimada de países y zonas del mundo en los que no está establecida la obra adventista del séptimo día: 221,506,000



4

Idiomas alcanzados por la Iglesia Adventista del Séptimo Día (hasta 2019)⁶**Idiomas vivos en el mundo: 7,111**

- Idiomas y dialectos utilizados en publicaciones: 311
- Idiomas y dialectos utilizados en transmisiones: 306
- Idiomas y dialectos utilizados en la obra hablada: 500

Las ofrendas y el principio del alfolí

Dos preguntas que a menudo surgen son: ¿A dónde debo llevar mis ofrendas y cómo puedo distribuirla? A continuación, le presento algunas razones por las que deberíamos llevar nuestras ofrendas regulares⁷ y sistemáticas al alfolí y apoyar la distribución que sigue la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

1. **Porque la Biblia así lo sugiere.** La Biblia es muy clara en cuanto a la importancia de traer los diezmos al alfolí. Por cierto, los diezmos solo pueden ser diezmos si se respetan los tres principios siguientes: (1) si se dan en el porcentaje correcto (10%); (2) si se llevan al lugar correcto (el alfolí); y (3) si se utilizan según lo prescrito por Dios (el sostén del ministerio). Ahora bien, resulta interesante notar que las ofrendas también se incluyen en los mismos contextos donde se nos ordena traer los diezmos al alfolí.⁸
2. **Porque es un requisito de la comisión misionera mundial dada por Dios.** Según Jesús, la señal que precederá al fin del mundo es que «será predicado este evangelio del reino *en todo el mundo*, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (Mat. 24: 14, la cursiva es nuestra). Así las cosas, ¿cómo podemos lograr la comisión de Jesús si no imitamos a la iglesia apostólica (véase, por ejemplo, Hech. 2: 44, 45; 4: 32, 34-37; 5: 1-11), llevando todos nuestros recursos a un fondo común, y utilizándolos mediante la decisión colectiva en lugar de seguir nuestra discreción personal? Cuando nos

alimentamos, solo hay un lugar por el que la comida entra para nutrir todos nuestros órganos. En lugar de alimentar cada parte de manera individual, ponemos todo el alimento en un lugar común y desde allí se nutre todo el organismo. De la misma manera, cuando el ejército de un país libra una guerra, dicho ejército no se administra ni distribuye sus recursos de acuerdo a la elección individual de cada ciudadano: alguien suministrando la despensa porque su primo es cocinero; otro comprando botas cómodas porque su hijo soldado tiene callos en los pies, etcétera. En su lugar, si el país quiere ganar la guerra, el gobierno debe poner en práctica la mejor logística para recopilar cuidadosamente los recursos y luego distribuirlos de manera equitativa y constante para satisfacer todas las necesidades relacionadas con el ejército.

¿Debemos considerar nuestra guerra de menor importancia y tener un ejército espiritual menos organizado que el de un gobierno secular? ¿No podemos permitir que los hijos de este mundo sean más sagaces que los hijos de luz! (véase Luc. 16: 8).

3. **Porque «la seguridad está en los muchos consejeros» (Prov. 11: 14).** El principio del alfolí implica que la comunidad, y no yo como individuo, será quien decida cómo se distribuirá, gastará o pondrá en práctica *mi* ofrenda. Esto no suele ser del agrado de muchos, porque sienten que pierden su capacidad de elección. Esta forma



de pensar puede ser el resultado de la influencia de la generación individualista de hoy en día que quiere tener el control de todo.

Lo cierto es que perderemos la batalla si cada soldado adopta una estrategia distinta, librando la guerra por sí solo. «Los pensamientos se frustran donde falta el consejo —dice Salomón—, pero se afirman con los muchos consejeros» (Prov. 15: 22).

De esta forma, en la Iglesia Adventista se supone que ninguna persona o institución decide sus planes, estrategias o finanzas por sí sola. El poder de decisión se comparte por medio de comisiones compuestas por dirigentes escogidos a través del sistema representativo para un período determinado. Nadie es dueño de la iglesia o se volverá rico trabajando para ella. Los directores, pastores y misioneros tienen ingresos limitados y, de haber más fondos disponibles, en lugar de aumentar los salarios de los empleados, la iglesia siempre decide invertir en la misión.

Este concepto y esta forma de proceder está fundamentada en nuestra teología. Los ángeles que aparecen en Apocalipsis 14, por ejemplo, representan un movimiento con implicaciones mundiales; un ejército bien organizado, unido en un mensaje, estrategias, iniciativas y un solo presupuesto; y no individuos dispersos tirando flechas y tratando de hacer «cada uno lo que bien le parece» (Deut. 12: 8).

Por eso es que debo dejar a un lado las sospechas, las infuflas de superioridad, el engruimiento, el orgullo, la arrogancia, el egoísmo y permitir que Dios obre a través del colectivo de su cuerpo, la iglesia, si quiero ser parte de este movimiento global que proclama el último mensaje de misericordia divina a un mundo que perece. Perder el control de «mi» ofrenda es una experiencia que me hace más humilde y que requerirá suprimir el yo, así como ejercer la sumisión mutua y la confianza, lo cual generará crecimiento espiritual a través de la unidad del Espíritu.

Al poner a un lado el yo, reconozco que mi visión es limitada y que mi corazón es engañoso (Jer. 17: 9). Debo confiar en que Dios está liderando el movimiento, así como a mis hermanos y hermanas en todo el mundo que también tienen el Espíritu Santo que los guía y que también están dispuestos a cumplir la comisión de Jesús.

Esto no significa que yo no pueda tener otros proyectos misioneros personales o colectivos, sino que estos nunca deben primar sobre el panorama general, sobre lo que estamos haciendo todos juntos a nivel mundial. ¡Juntos somos más fuertes, hacemos más, lo hacemos más rápido y llegamos más lejos!

4. Porque las ofrendas también se distribuyen para llegar a todo el mundo. En su mensaje de despedida a los discípulos, Jesús hizo una promesa: «Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra» (Hech. 1: 8).

Es interesante notar que el contexto resalta el hecho de que los discípulos estaban «juntos» (vers. 4) o «que se habían reunido» (vers. 6), un requisito fundamental para que se cumpla el propósito de ser testigos en (1) Jerusalén (el nivel local), en (2) toda Judea y Samaria (el nivel regional), y (3) hasta lo último de la tierra (el nivel global). Por sí solos jamás podrían alcanzar con el evangelio los tres niveles geográficos indicados por Jesús: el local, el regional y el global. ¡Esta es una de las razones por las que la maravillosa promesa del derramamiento del Espíritu Santo solo se dio después de que aceptaron la invitación de Jesús de estar juntos! (ver Luc. 24: 49; Hech. 1: 4, 6, 8).

Dado que nuestro esfuerzo misionero debe cubrir los tres segmentos geográficos al mismo tiempo, el principio del alfóli sugiere que nuestros diezmos y ofrendas también deben distribuirse de manera proporcional entre todos los ministerios, proyectos y zonas geográficas. Por otro lado, si coloco todas mis ofrendas en un solo proyecto o ministerio, según mi criterio, todos los demás ministerios, proyectos o regiones quedarían sin cobertura y la obra se retrasaría.

5. ¿Cómo debe distribuirse mi ofrenda para que los fondos alcancen los tres segmentos geográficos mencionados por Jesús?

En las Divisiones que utilizan el Presupuesto Combinado,⁹ como la División Interamericana y otros once campos mundiales,¹⁰ siempre se respetará el destino de todas las ofrendas asignadas que se reciban. Pero cuando damos una ofrenda no asignada o suelta, se desencadena un milagro de crecimiento, ya que esta ofrenda se divide automáticamente para apoyar todas las necesidades misioneras aprobadas, siguiendo una fórmula aprobada por votación (véase la infografía 5).

Esto no lo inventó una sola persona, sino que fue ideado bajo oración por un grupo de estudio, basado en el modelo de Hechos 1: 8, con el propósito de apoyar de manera equitativa todos los ministerios y proyectos misioneros aprobados a nivel *local*, *regional* y *mundial*. Mediante este método, partes de mi ofrenda se reparten por todo el mundo, alcanzando actividades misioneras y lugares que individualmente probablemente jamás podré visitar.



ARTÍCULO

5

Distribución de las ofrendas (Presupuesto Combinado)

El 100% de las ofrendas para el presupuesto (ofrenda local) se queda en la iglesia.



- 60% - Proyectos misioneros locales (iglesia local)
- 20% - Proyectos misioneros regionales (Misión/Asociación, Unión, División)*
- 20% - Proyectos misioneros globales (Asociación General - presupuesto mundial).

Ejemplos de cómo la Asociación General utiliza los fondos de las ofrendas¹¹

Según la gráfica anterior, el 20% de las ofrendas no asignadas a través del sobre regular o virtual, o de las ofrendas sueltas entregadas en el plato, se envían automáticamente al «Fondo Misionero Mundial», que recolecta y distribuye las ofrendas en la Asociación General. Ese 20% de las ofrendas no asignadas cubre automáticamente muchos proyectos misioneros aprobados en todo el mundo.

A continuación, encontrarás algunos ejemplos de proyectos misioneros aprobados a nivel mundial, financiados por el «Fondo Misionero Mundial»:

- **Asignaciones a las Divisiones mundiales.** Una porción significativa de los fondos de ofrendas que llegan a la Asociación General se distribuyen entre las Divisiones Mundiales como asignaciones para los proyectos misioneros aprobados regionalmente.
- **Proyectos misioneros publicados en la tapa posterior de la Guía de Estudio de la Biblia.** Cada trimestre, la *Guía de Estudio de la Biblia* promueve diferentes proyectos misioneros en regiones específicas del mundo, que también reciben el apoyo de una parte del Fondo Misionero Mundial.
- **Misión Global.** También utiliza fondos proporcionados por el Fondo Misionero Mundial para iniciar nuevos grupos de creyentes en zonas aún no alcanzadas y entre nuevos grupos

¹¹ La División Interamericana, en cumplimiento al reglamento V 35 20 numeral 3 de la póliza de trabajo de la Asociación General, tomó el voto R 09 15, que en su numeral 3 reglamenta la siguiente distribución del 20% de las ofrendas que se encuentra designado para financiar el plan de desarrollo en los niveles de Misión/Asociación, Unión y División, de la siguiente manera:

- A. Campos Locales - 12% hasta 16%
- B. Uniones - 0% hasta 4%
- C. División - 4%



de personas. A través de los pioneros de Misión Global, los centros urbanos de influencia, la fabricación de carpas, la iniciativa Estudiantes Valdenses y otras iniciativas, se están iniciando miles de nuevos grupos en todo el mundo. Hasta 2018, por ejemplo, se habían iniciado más de 3,000 proyectos bajo la bandera de Misión Global, con el objetivo de iniciar nuevos grupos de creyentes en áreas del mundo a las que aún no habíamos llegado.

- **ADRA.** Esta agencia realiza trabajos de desarrollo y socorro, atendiendo las necesidades de poblaciones afectadas por desastres naturales, sociales o económicos, como inundaciones, incendios, terremotos, hambrunas y otros.
- **Radio Mundial Adventista y Esperanza TV.** Juntos, transmiten en más de 300 idiomas mediante unas 1,000 estaciones de radio y 68 canales de televisión, con el objetivo de alcanzar especialmente a la audiencia no cristiana o posmoderna. Radio Mundial Adventista se puede escuchar en lugares donde la evangelización está prohibida por la ley y en los que el cristianismo a veces se castiga con la muerte. También hay programas dirigidos a áreas del mundo densamente pobladas y menos evangelizadas, como Asia, África, el Oriente Medio y Europa del Este.
- **La Universidad Andrews, La Universidad de Loma Linda (en Norteamérica), La Universidad Adventista de África (en África) y el Instituto Internacional Adventista de Estudios Avanzados (en Asia)** son cuatro instituciones adventistas estratégicas que reciben estudiantes de todas partes del mundo y los prepara para servir al mundo como misioneros.
- **Oportunidades inusuales.**¹² Este fondo se utiliza cuando surgen oportunidades misioneras especiales en todo el mundo. En 1992, por ejemplo, se usó este fondo justo después de que cayera la cortina de hierro y se presentó la oportunidad repentina para que el pastor Mark Finley predicara dentro del Kremlin, ¡alcanzando a 13,000 personas durante trece noches, con cientos de bautismos!

El tipo de ofrenda que más se necesita

Entonces, ¿cuál es el tipo de ofrenda que más se necesita en nuestra iglesia? El tipo de ofrenda que más se necesita es aquella que se da para adorar a Jesús y no a uno mismo; es aquella que tiene como objetivo cumplir la amplia comisión evangélica y no agradar al dador o a otro ser humano; es aquella que se da con regularidad (tan regularmente como se van recibiendo los ingresos) y no esporádicamente; y finalmente, aquella que se da siguiendo los principios bíblicos, utilizando el sistema proporcional y que se distribuye siguiendo el sistema del alfóli, en lugar de darse según los proyectos, los sentimientos, las necesidades, la compasión o la discreción personales.

Jesús viene pronto y no nos queda mucho tiempo. La puerta de la oportunidad está casi cerrada. Muy pronto, lo que todavía podemos hacer fácilmente, se logrará incluso a

riesgo de la vida misma. Ahora es el momento de poner nuestras esperanzas y recursos donde nuestro Comandante Jesús quiere que estén. ¡Mañana puede ser demasiado tarde!

1. Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de las personas.
2. «El asunto de la dadivosidad no ha sido librado al impulso. Dios nos ha dado instrucciones definidas concernientes a él. Ha especificado que los diezmos y las ofrendas constituyen nuestra obligación, y desea que demos en forma regular y sistemática» (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 86. Véase también las pp. 40, 57, 72, 78, 80, 82, 89-93, 272).
3. Para más información sobre el uso de los diezmos, véase Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, pp. 106-108, y Ángel M. Rodríguez, *Stewardship Roots - Toward a Theology of Stewardship*, pp. 45, 54, 55.
4. «Se considera que hay «obra establecida» en un país o área del mundo cuando se cumplen uno o más de los siguientes criterios: (1) cuando una iglesia organizada se reúne regularmente; (2) cuando una estación misionera, un centro de atención médica o una escuela funcionan con regularidad; o (3) cuando un empleado denominacional a tiempo completo tiene su base de operaciones en el país o área y realiza actividades evangelísticas o para la ganancia de almas a través de unidades tales como una Escuela Sabática, una congregación organizada o una escuela de idiomas. No se considera que la obra adventista del séptimo día está establecida en un país o área cuando se limita a una serie de reuniones evangelísticas; cuando hay observadores del sábado dispersos; o cuando viajan a ese lugar o prestan servicio temporal allí empleados, estudiantes misioneros u otros empleados voluntarios» (*2020 Annual Statistical Report*, t. 2, Report of the General Conference of Seventh-day Adventists' 2019 Statistics, p. 100).
5. *2020 Annual Statistical Report*, t. 2, Report of the General Conference of Seventh-day Adventists' 2019 Statistics, p. 101.
6. *Ibid.*, p. 107.
7. Para saber más sobre este tipo de ofrenda (llamada «promesa» en algunas regiones del mundo), acceda a <https://stewardship.adventist.org/promise-offerings> [en inglés].
8. Para más información sobre el principio del alfóli en la Biblia, aplicado a los fondos de los diezmos y los fondos distintos a los diezmos, véase, por ejemplo, Deut. 12: 5-28; 14: 22-29; 16: 9-17; 18: 1-8; 2 Rey. 18: 4, 22; 2 Crón. 31; Neh. 10: 32-39; 12: 44-47; 13: 8-14; Mal. 3: 8-10; Luc. 21: 1-4; Mar. 12: 41-44; 1 Cor 9: 3-14. En el libro de los Hechos es posible ver la puesta en práctica de este mismo principio, cuando los creyentes centralizan sus recursos financieros en un fondo común y los distribuyen de manera equitativa, no según la discreción de un individuo (véase Hech. 2: 44, 45; 4: 32, 34-37; 5: 1-11). En «Where do We Bring our Tithe? in Search of the Storehouse» [¿A dónde llevaremos los diezmos? En busca del alfóli] de Ed Reid, también puede encontrar una explicación clara de este principio aplicado a los diezmos. Puede entrar a este enlace (<https://stewardship.adventist.org/books>) y desplazarse hacia abajo para encontrar opciones para leer o descargar este libro en inglés o en francés.
9. Si desea obtener más información sobre el Presupuesto Combinado, visite: <https://stewardship.adventist.org/combined-offering> [en inglés]. Para conocer los otros dos métodos de ofrendas que aún se utilizan en algunas regiones (cerca del 10% de la población adventista), visite: <https://stewardship.adventist.org/offering-plans> [en inglés].
10. Las divisiones mundiales o regiones administrativas de la iglesia que siguen el Plan del Presupuesto Combinado son: La Unión China, la División África Centro Oriental, la División Euroasiática, la División Interamericana, la División Oriente Medio y Norte de África, la División Asia Pacífico Norte, la División Sudamericana, la División África Meridional y Océano Índico, la División Pacífico Sur (territorios insulares), la División Asia Pacífico Sur, la División Sudeste Asiático y la División África Centro Occidental.
11. Los proyectos aquí descritos son apoyados de manera total o parcial por el Presupuesto Mundial de la Asociación General.
12. En el plan del Presupuesto Combinado, el 0.84% de las ofrendas enviadas a la Asociación General son para estas oportunidades inusuales. En el plan de dadivosidad personal de la División Norteamericana, el 1% de la ofrenda del «presupuesto mundial» se recoge en el «llamado misionero de otoño» (para las oportunidades inusuales). En el calendario del plan de dadivosidad, las ofrendas de la Asociación General que se recogen en el mes de septiembre, se utilizan para las oportunidades inusuales.

Mario Rondón es el director de Ministerios Personales y Ministerios de Mayordomía de la Asociación Dominicana del Sureste.

Escriba su opinión sobre este artículo a: anciano@iadpa.org

Alimento en su casa:

Las ofrendas y la iglesia local

MARIO RONDÓN





Apreciado lector, no sé si es tu caso, pero a menudo me encuentro sumergido en mis pensamientos, tratando de vislumbrar aquel día cuando me encuentre cara a cara con el Señor. Definitivamente esa es la gran esperanza del cristiano y el día más anhelado para todos

los que aguardamos «la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tito 2: 13). Pero la idea de encontrarnos con el Señor no solo implica estar en su presencia sino escuchar de sus labios una evaluación de nuestra forma de actuar mientras estuvimos aquí en la tierra. Y es ahí donde mi imaginación empieza a volar. ¿Qué me diría el Señor? ¿Cómo evaluaría el Maestro el uso que he dado a al tiempo que se me ha concedido? ¿Cómo miraría el uso que he dado a los talentos que me han sido otorgados? ¿Y qué decir de los recursos materiales a los que tanta atención le presto? ¿Se sentirá complacido Cristo o tendrá algunas reservas? Te confieso que la idea me inquieta un poco, pues sé que en algunos aspectos de la vida pudiera ser mejor, pudiera dar más.

Al leer en el Nuevo Testamento notamos que la idea de un mayordomo que rinde cuentas, o de un siervo que actúa en nombre de su amo, era una de las ideas preferidas de Jesús a la hora de ilustrar la relación que existe entre Dios y nosotros (Luc. 12: 35-40; 16: 1-11; 19: 11-27; Mat. 18: 23-35; 24: 45-51; 25: 14-30). Una lectura de estos pasajes, y otros tantos que podemos hallar en el Nuevo Testamento, revelará que solo hay dos opciones, dos veredictos, dos cosas que Jesús puede decirme al contemplar mi forma de administrar lo que se me ha confiado: (1) «Siervo bueno, fiel y prudente» (ver Mat. 24: 45 y 25: 21) o (2) «Siervo malo, negligente e inútil» (ver Mat. 25: 26; Luc. 17: 10). El siervo de Lucas 17: 10 es un caso interesante dentro de los textos que mencionan siervos, pues su «inutilidad» consiste en hacer *solo* lo que tenía que hacer.

¿Qué tipo de siervos seremos?

El mensaje es claro, somos siervos, administradores. Esta realidad es indiscutible e ineludible. Lo que queda a nuestro juicio, a nuestra elección, es qué tipo de siervos seremos. Además, Lucas 17: 10 sugiere que Dios no espera menos que la excelencia de sus hijos, no basta con hacer lo «mínimo», pues eso sería equivalente a ser inútil.

Ahora bien, ir un paso más allá de «lo que debíamos hacer» se torna mucho más difícil cuando consideramos que muchos ni siquiera hacemos lo que nos corresponde. En muchas iglesias, el mayor número de miembros solo disfruta de

los resultados de la labor realizada por un pequeño grupo, los que llevan la mayor carga de trabajo. Esto me preocupa, porque si la Biblia llama siervos inútiles al que hace solo lo que tiene que hacer, ¿cómo considerará a aquellos que ni siquiera realizan lo que Dios les ha pedido hacer?

Como pastor me preocupa ver que cada vez más miembros de la iglesia no le dedican *tiempo* al Señor, especialmente en la asistencia a los servicios religiosos. Me preocupa ver que, en promedio, solo el 20% de la feligresía predica activamente el evangelio y gana a más personas para Cristo. Por supuesto, cada año sufro la tortura de ver cómo se reduce cada vez más el número de personas que acepta responsabilidades en la congregación. ¿Qué dirá el Señor de ese gran grupo que tú y yo tenemos bajo nuestra responsabilidad?

Cuando pasamos al plano de las finanzas la situación es similar, pues resulta muy fácil encontrar en los diezmos y las ofrendas la oportunidad para sentirnos cómodos y cumplir meramente con nuestro deber sin ir un poco más allá. Esta «zona de confort» a menudo se limita al diezmo. Casi todos cumplimos con esta parte, pues se explica claramente la cantidad que hemos de devolver. Pero las ofrendas, como no están definidas en cuanto a porcentaje o cantidad, constituyen esa zona gris donde puedo refugiarme para hacer solo lo mínimo.

Pero es justo por medio de las ofrendas que podemos conocer la madurez espiritual de un miembro. ¿Madurez? Sí, madurez. Imagina conmigo una familia. Cuando los niños están pequeños, los padres les dicen todo lo que tienen que hacer, pero a medida que van madurando, ellos empiezan a hacer las cosas por sí mismos. Y para la adultez se espera que una persona sea completamente independiente y capaz de tomar sus propias decisiones. Lo mismo ocurre con los diezmos y las ofrendas. El diezmo es concreto, las ofrendas no. Por medio de ellas los hijos de Dios podemos demostrar en qué nivel de madurez espiritual nos encontramos. El diezmo revela la voluntad de Dios, las ofrendas revelan la nuestra.

Las ofrendas y la iglesia local

Sí, las ofrendas revelan en gran medida nuestra madurez espiritual. Un miembro de iglesia maduro comprende que las ofrendas son la base sobre la cual opera la iglesia local. Las ofrendas tendrán ineludiblemente un impacto negativo o positivo en la capacidad que tendrá la iglesia de realizar actividades y esto dictará si la iglesia podrá hacer *solo* lo que tiene que hacer (convirtiéndola en una iglesia inútil) o si podrá superar las expectativas y ser una iglesia buena y fiel.

Como dirigentes de la iglesia de Cristo, tú y yo hemos de fomentar el desarrollo de una hermandad fiel, que comprenda que es por medio de las ofrendas que la iglesia local



puede adquirir equipos y materiales para realizar la obra misionera, que es por medio de las ofrendas que la iglesia puede realizar todas las actividades que le permitirá proyectarse como una entidad espiritual y de bien social para el bien de la comunidad, que es por medio de las ofrendas que la iglesia podrá implementar un presupuesto equilibrado que proporcione suficientes recursos a cada departamento para que puedan promover la obra en sus respectivos ámbitos, que es por medio de las ofrendas que la iglesia puede contar con una edificación digna y con equipos y tecnología para cumplir la misión allí donde se encuentra.

Es por eso que el Señor necesita dirigentes como tú y como yo, que motivemos a las personas que tenemos bajo nuestro cuidado a ser como los siervos buenos y fieles de la parábola de los talentos (Mat. 25: 14-30), que devolvieron el doble de lo que se les había confiado. Una iglesia con esa mentalidad será una iglesia que se dedicará por entero a «los negocios del Padre», será una iglesia que, así como el Salmista, preferirá estar un día en la casa del Señor que mil fuera de ella (ver Sal. 84: 10).

Una iglesia fiel

Después de haber servido a la iglesia durante más de veinticinco años he podido ver de primera mano la manera en que las ofrendas sirven de medidor para el desarrollo de una iglesia, independientemente de su tamaño o composición social. Permíteme contarte un caso muy notable. En la Asociación donde he tenido el privilegio de servir durante los últimos veintiún años hay un distrito de iglesias relativamente nuevo (Sol Naciente) que posee una proporción de ofrendas de un 94% cuando se comparan con los diezmos.

Cuando miramos cada iglesia por separado notamos que dos de ellas (Sol Naciente 3 y Sol Naciente 4) tienen una proporción de ofrendas en comparación con los diezmos de 129% y 141 % respectivamente. Antes de continuar quisiera señalar que estas no son congregaciones compuestas por miembros de la clase alta ni reciben ofrendas especiales. Son iglesias como la tuya, con la única salvedad de que sus miembros comprendieron que las ofrendas constituyen el camino más directo hacia el progreso y el desarrollo de la congregación local.

En estas dos congregaciones, y en el distrito en sentido general, los ancianos constituyen un modelo por precepto y ejemplo de lo que significa fidelidad y entrega a la causa del evangelio. Como resultado, son congregaciones que no carecen de ningún bien y sus proyectos de desarrollo marchan sin detenerse; además, cada departamento tiene la libertad de poner en marcha su plan de trabajo sin muchas restricciones y la congregación cuenta con programas de asistencia a la comunidad que llevan el evangelio a donde nuestros sermones no llegan.

¡Cuánto desearía que todas las iglesias fuesen así! Desafortunadamente, un gran porcentaje de las personas que se congregan en nuestros templos no hacen nada. Ni siquiera podríamos llamarles «siervos inútiles», pues en palabras de Jesús, el siervo inútil solo hace lo que le corresponde hacer. Por el contrario, un grupo cada vez mayor de cristianos ni siquiera ha llegado a la categoría de siervo, se conforman con ser meros espectadores, no se preocupan por servir al Señor sino que esperan que el Señor, o la iglesia, les sirva. Ante tal situación nuestro trabajo consiste en motivar a la congregación a que avance al siguiente nivel: los espectadores deben convertirse en siervos y los siervos debe ser siervos fieles.

Si cada congregación llega a ser fiel en las ofrendas y a ofrendar de manera que sobre y abunde, los demás aspectos de la iglesia también mejorarán. Los recursos con los que la iglesia local podrá contar serán abundantes y las actividades serán las adecuadas para cada aspecto. Es pertinente reproducir aquí lo que escribió la Mensajera del Señor:

«Fluyen a la tesorería del Señor muy pocos recursos para ser dedicados a la salvación de las almas, y eso mismo se consigue tras arduo trabajo. Si se pudiesen abrir los ojos de todos para que vieran cómo la codicia prevaleciente ha impedido el adelanto de la obra de Dios, y cuánto más podría haberse hecho si todos hubiesen seguido el plan de Dios en los diezmos y las ofrendas, muchos se reformarían, porque no se atreverían a estorbar el progreso de la causa de Dios como lo han hecho. La iglesia no se da cuenta de la obra que podría hacer si lo entregase todo para Cristo. Un verdadero espíritu de abnegación sería un argumento en favor de la realidad y el poder del Evangelio que el mundo no podría contradecir ni interpretar falsamente, y abundantes bendiciones se derramarían sobre la iglesia» (*Testimonios para la iglesia*, t. 4, p. 474).

Alimento en su casa

Quisiera concluir aplicando a cada congregación el deseo que Dios expresó hace más de dos milenios por boca de Malaquías: «Haya alimento en mi casa». Cada congregación hoy en día constituye el lugar donde las almas van en procura del alimento espiritual. Pero «haya alimento en mi casa» no se limita al pan espiritual, debiera incluir las instalaciones de la iglesia, materiales impresos para compartir el evangelio con la comunidad y programaciones de calidad para satisfacer todas las necesidades de quienes asistan. Dios desea que haya alimento en su casa y cada miembro de iglesia es responsable de contribuir llevando sus diezmos y sobre todo sus ofrendas. Después de todo, alimentar a la gente «a tiempo» es parte esencial de la tarea de cada mayordomo de Cristo (ver Mat. 24: 45).



Mario Niño, ya jubilado, sirvió como Ex director asociado del ministerio de Mayordomía de la Asociación General.

Escriba su opinión sobre este artículo a: anciano@iadpa.org



La benevolencia sistemática:

Una historia de entrega

MARIO NIÑO

Uno de los desafíos que a menudo enfrenta la iglesia con el tema de la mayordomía y todo lo que ella incluye es la falta de conocimiento sobre su origen, su propósito y su aplicación. No obstante, la responsabilidad que Dios asignó al ser humano el sexto día de la semana de la creación no fue optativa, ni su propósito fue proveer un medio de financiamiento para una organización religiosa, pues entonces no existía ninguna. La mayordomía fue una responsabilidad asignada a Adán, Eva y sus descendientes con el fin de proteger, cuidar, preservar, manejar y administrar la vida junto con todo lo que esta incluye.

De esto se desprende que la responsabilidad que entraña la mayordomía incluye también a aquellos seres humanos que no creen en la existencia de Dios, pues ellos también han recibido la vida. Además, a todos Dios nos pedirá cuentas de lo que hemos hecho con lo que él nos ha entregado, independientemente de nuestros criterios políticos, filosóficos o religiosos.

Lecciones del pasado

Después de 1844, los que continuaron creyendo en el pronto regreso de Jesús a esta tierra siguieron reuniéndose para entender las profecías bíblicas. Para 1857, el movimiento había crecido y cada vez eran más las congregaciones que solicitaban asistencia pastoral. Los pocos pastores que ayudaban, lo hacían de forma voluntaria, pero no a tiempo completo. Fue así como surgió el deseo de saber cómo la naciente iglesia podría tener pastores a tiempo completo. Elena G. de White sugirió que se designara una comisión para estudiar

la Biblia, pues allí hallarían la respuesta. La comisión quedó integrada por J. N. Andrews, Joseph B. Frisbie y James White y se reunieron del 16 al 29 de enero de 1859.

La comisión encontró valiosos principios en el consejo que Pablo dio a la iglesia de Corinto en cuanto a la ofrenda para los santos: «Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, para que cuando yo llegue, no se recojan entonces ofrendas» (1 Cor. 16: 2). Este consejo bíblico resaltaba varios principios que la iglesia debía tener presente: **regularidad, participación, provisión y proporción.**

Como resultado de este estudio, la comisión recomendó a la Iglesia de Battle Creek: establecer la «benevolencia sistemática» como una ofrenda semanal. La iglesia adoptó esta recomendación, que fue publicada en la *Review and Herald* el 3 de febrero de 1859. De esta manera, la Iglesia de Battle Creek dio el primer paso en el establecimiento de un plan financiero. Cabe resaltar que para entonces solo existían congregaciones adventistas, no había más niveles ni organizaciones. La iglesia no se organizaría sino hasta 1863 cuando, con 125 iglesias y una feligresía de 3,500 miembros, se organizó la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día.

Una fórmula que simplificó las cosas

Al principio, la benevolencia sistemática incluyó solamente ofrendas, como sucedía en otras iglesias evangélicas y protestantes. Esto se mantuvo así por diecisiete años. En 1876, la benevolencia sistemática incluyó diezmos y ofrendas y dicho plan es el que se mantiene vigente. Hoy en día,



siguiendo este plan, las iglesias reciben los diezmos y las ofrendas y envían el diezmo a la Asociación, que lo distribuye de la siguiente manera: El 80% para el funcionamiento financiero de la Asociación, un 10% se envía a la Unión para su funcionamiento y el 10% restante se envía a la División para su funcionamiento, para apoyar diversos programas y para compartir el diezmo en su territorio. Esta fórmula permite que se comparta el 20% de los diezmos con los otros niveles además del local.

Aunque se enfatizó la fidelidad a Dios en la entrega de los diezmos, los niveles beneficiados ni promovían, ni recibían independientemente los diezmos. No hubo una rivalidad entre la Unión, la Asociación General y las asociaciones locales por captar diezmos de la feligresía. Esto no ocurrió por una razón: Adoptaron una fórmula de distribución, donde la tesorería de la Asociación recibía el diezmo total y luego lo distribuía de acuerdo con dicha fórmula.

La historia de las ofrendas fue diferente. Las ofrendas comenzaron apoyando solo a la iglesia local y luego incluyeron las misiones en el extranjero. ¿Cuándo y por qué surgió esta idea? A nivel general en las iglesias protestantes podemos decir que fue el resultado del «gran despertar espiritual» conocido también como el Segundo Gran Avivamiento que se inició en 1790 (finales del siglo XVIII) y se extendió hasta 1840. Este avivamiento dio como resultado el establecimiento de misiones en el extranjero como cumplimiento del mandato de predicar el evangelio en todo el mundo.

Ocho años después del chasco, en 1852, se organizó la Escuela Sabática para promover el estudio de la Biblia entre los jóvenes y adultos. Tres años después, en 1855, los miembros de la Escuela Sabática de Oakland, California, tomaron la iniciativa de dar durante un trimestre todas las ofrendas semanales de la Escuela Sabática a fin de establecer el adventismo en Australia. A esta buena idea se sumaron otras congregaciones. Así, las primeras ofrendas para las misiones surgieron por iniciativa de los miembros.

A este interés inicial se fueron añadiendo otras ofrendas sugerentes. Fue así como el siglo XX vio cómo a la ofrenda semanal de Escuela Sabática se le sumaron: la ofrenda del decimotercer sábado, la ofrenda de agradecimiento y de cumpleaños, el fondo de inversión, la ofrenda de sacrificio anual, la ofrenda especial para reuniones campestres, la ofrenda especial para ayuda en caso de desastres, el ministerio de Radio Mundial Adventista y luego el canal Esperanza TV. Sin darnos cuenta, los pedidos de ofrendas se fueron multiplicando y la iglesia local era el nivel que recibía tanto la solitud de apoyo como la promoción de las mismas.

Hoy, las misiones en el extranjero continúan siendo importantes. En casos como Egipto, de población predominantemente musulmana; o Tailandia, de población mayormente budista; así como en otros países, las misiones no podrían establecerse sin el apoyo mundial. Cuando se organiza una misión en el extranjero, normalmente no hay una feligresía

adventista que pueda dar apoyo financiero y por eso es necesaria la ayuda externa. Gracias al apoyo de las iglesias alrededor del mundo, las misiones han podido operar hasta entonces y por eso damos gloria a Dios por el apoyo de cada una de las congregaciones.

Ahora bien, en este punto hemos de reconocer que la Asociación General promovió con éxito las ofrendas para las misiones, pero no sucedió lo mismo con la promoción de las ofrendas para el presupuesto de la iglesia local. El mismo grupo al que se le solicitaba apoyo para la ofrenda mundial era el mismo grupo a quien se le solicitaba apoyo para la ofrenda local. Además, las asociaciones también solicitaron apoyo para la construcción de iglesias, campamentos, y otros proyectos de desarrollo que solo se podían realizar con dinero proveniente de las ofrendas.

Las múltiples ofrendas generaron inquietud y rivalidad. Por falta de una fórmula para las ofrendas que mantuviera un apoyo proporcional, así como se tenía con los diezmos, las iglesias no estaban ofrendando proporcionalmente. Tanto para los miembros antiguos como para los nuevos miembros, la diferencia entre las funciones de los diferentes niveles de la iglesia no se entendía claramente, y las asociaciones locales no tenían quién promoviera un plan de educación sobre la mayordomía.

Un plan simplificado

En 1978, el misionero norteamericano Charles Griffin enfrentaba en Indonesia una situación similar a la que mencionamos en el párrafo anterior. Así que presentó a la junta de su Asociación la propuesta de un «plan simplificado» en relación con la benevolencia sistemática. La idea llegó a la India dos años después y la Asociación General dio la autorización para llevarlo a la práctica. A este plan se le conoció bajo el nombre de *Plan de ofrenda combinada*. La División Interamericana tuvo conocimiento de este plan varios años después cuando el pastor Aristides Gonzáles lo puso en práctica, obteniendo buenos resultados.

En 1994, la Asociación General, bajo la presidencia del pastor Robert S. Folkenberg convocó la Primera Cumbre de Mayordomía, donde se analizó la situación de la dadivosidad a nivel mundial y como resultado se acordó adoptar oficialmente tres programas para la iglesia local: (1) La promoción del calendario de ofrendas múltiples que estaba vigente, (2) el Plan de Dadivosidad Personal que se practicaba en la División Norteamericana y (3) el nuevo Plan de Ofrenda Combinada (COP por sus siglas en inglés). ¿En qué consistían estos tres programas? Veamos.

1. Bajo el primer plan, que se ha practicado desde los comienzos de la iglesia en el siglo XIX, cada ofrenda se promueve individualmente y se envía a su destino concreto. Este plan requiere mucha instrucción para que los miembros comprendan cada ofrenda y su propósito.



2. Bajo el Plan de Datividad Personal, las ofrendas se agrupan en tres categorías: Iglesia local, Asociación e iglesia mundial. El miembro tiene la opción de decidir a cuál o cuáles de esas categorías va a apoyar. La ofrenda en su respectiva categoría se envía al destinatario señalado (la iglesia, la Asociación/Misión o la Asociación General).
3. Bajo el Plan de Ofrenda Combinada, el miembro de la iglesia separa el diezmo y lo anota en su casilla correspondiente. A continuación separa la ofrenda y la coloca en una sola casilla. Esta ofrenda única apoya todos los proyectos en los diferentes niveles. ¿Cómo? Sencillo: siguiendo el mismo principio que la iglesia ha practicado con los diezmos durante más de cien años. La tesorería de la iglesia local toma la ofrenda total y envía el 20% como apoyo a la obra mundial (Asociación General). Este porcentaje cubre todas las ofrendas que están en el listado de la Asociación General y todas las nuevas ofrendas que aparezcan en el futuro. Así como en la distribución del diezmo la tesorería de la Asociación comparte un 20% para el funcionamiento de las entidades superiores representadas por la Unión y la Asociación General, así también, mediante el Plan de Ofrenda Combinada, la iglesia local comparte un 20% con la iglesia mundial para el apoyo de las misiones alrededor del mundo. Además de ese 20% que se comparte a nivel mundial, se envía un 20% a la Asociación/Misión para promover el desarrollo a nivel regional (Campo Local, Unión y División). El 60% restante, la mayor cantidad, sirve para apoyar el presupuesto de la iglesia local.

Como podemos darnos cuenta, el Plan de Ofrenda Combinada sigue los mismos principios que se han aplicado a la distribución de los diezmos. Es por eso que la Asociación General estableció que el Plan de Ofrenda Combinada fuera

el plan oficial que promoverá el Ministerio de Mayordomía a nivel mundial, porque este plan simplifica, facilita y establece un apoyo proporcional a los diferentes niveles de la iglesia.

Fue oportuna la revelación profética en la persona de Elena G. de White, que afirmó en 1875: «El plan de Dios en el sistema del diezmo es hermoso por su sencillez e igualdad. Todos pueden practicarlo con fe, porque es de origen divino [...]. El sistema ordenado a los hebreos no ha sido abrogado ni reducido su vigor por Aquel que lo ideó [...] ahora tiene que practicarse más plena y extensamente» (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, p. 427).

Conclusión

La historia de la benevolencia sistemática nos presenta un iglesia entregada y deseosa de cumplir con lo que Dios ordena en su Palabra. Además, esta historia también nos muestra una iglesia interesada en el avance de la predicación del evangelio y en implementar un sistema sencillo pero abarcante que facilite la participación de toda la hermandad.

Por último, lo importante en la benevolencia sistemática es resaltar la soberanía de Dios, saber que sus planes no fallan y confiar plenamente en él porque ha prometido no desamparar a su pueblo. La generosidad y datividad que es el resultado de una rica experiencia espiritual con Dios se traduce en unidad, entendimiento, comprensión y buena voluntad. Es por eso que la señora White registró que: «Las iglesias que son más sistemáticas y generosas en sostener la causa de Dios, son más prósperas espiritualmente» (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, p. 444). ¿Deseas que tu iglesia se cuente entre las más prósperas espiritualmente? Entonces, es hora de enfocarnos en la generosidad sistemática.



Hay encuentros que cambian vidas

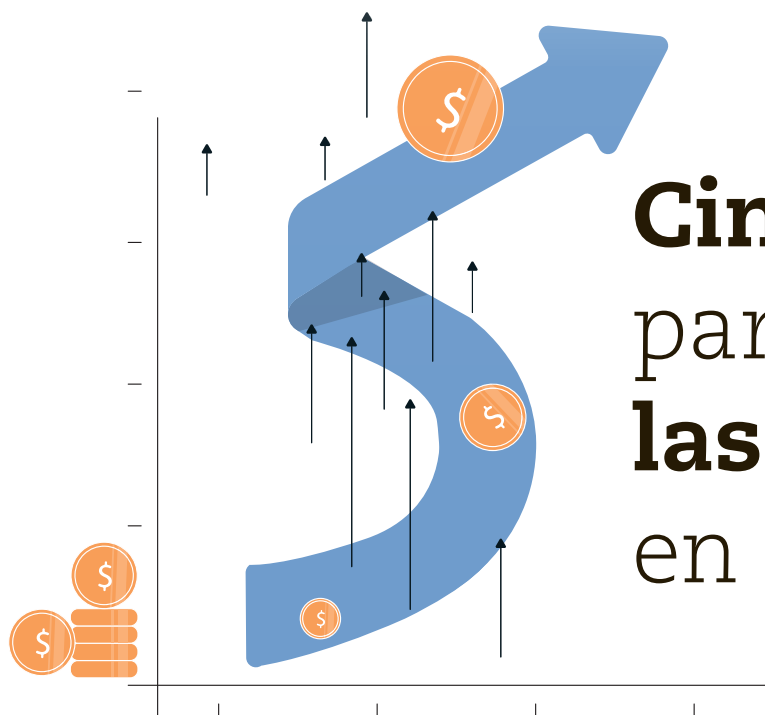
Este libro invita a una relación decisiva con Jesús, que cambiará para bien su vida y las de quienes le rodean.




 Disponible en su librería
 IADPA más cercana

Diego A. Doria, ya jubilado, sirvió como director de Ministerio de Mayordomía de la Unión Colombiana del Norte.

Escriba su opinión sobre este artículo a: anciano@iadpa.org



Cinco ideas para aumentar las ofrendas en tu congregación

DIEGO A. DORIA

La dadivosidad no es una característica inherente al ser humano, al menos no después de la entrada del pecado. Los estudios científicos no han descubierto todavía que la propensión a dar figure en nuestro ADN. Es por eso que la sociedad en la que vivimos prefiere motivarnos a «luchar por lo nuestro» antes que a compartir. Lamentablemente el egoísmo humano se ha vuelto cada vez más evidente. Cada día queremos tener más y más en detrimento de nuestro prójimo y hasta de nuestra propia salud. No me sorprende entonces que Elena G. de White describiera nuestra realidad con las siguientes palabras: «Fuera del egoísta corazón humano, no hay nada que viva para sí» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 12).

Lamentablemente no podemos, por nuestras propias fuerzas, cambiar nuestra naturaleza egoísta. Es por esa razón que Dios, mediante el evangelio de Cristo, ha provisto una forma para reformar el corazón humano. Dicho de otra manera: el evangelio de Cristo procura deshacer en el corazón humano los efectos dañinos que el pecado ha producido y reformar en nosotros la imagen de Dios. Uno de los

aspectos del evangelio que Dios ha diseñado concretamente para combatir y desarraigar el egoísmo del corazón humano es la generosidad en nuestra mayordomía.

Es por eso que, como dirigentes de la iglesia, tenemos la encomienda de conducir a la iglesia por el seguro camino de la fidelidad, mostrándoles el sendero indicado por Dios. No es fácil motivar la fidelidad y la generosidad en estos tiempos de crisis llenos de prejuicios y de falsos conceptos. Es por eso que me gustaría sugerirte cinco formas en las que puedes presentar y promover la generosidad en las ofrendas en tu congregación.

1 Presenta las ofrendas como un plan de Dios. El sistema de las ofrendas no es un programa creado por la iglesia para engrosar sus finanzas. Las ofrendas son un plan de Dios para extirpar el egoísmo del corazón humano y a su vez financiar el funcionamiento de su iglesia en la tierra. Desafortunadamente, el enemigo ha logrado vender la idea de que las ofrendas son opcionales. Este concepto no es bíblico y tú y yo debemos mostrarle la realidad a la iglesia. La generosidad, si bien tiene un componente voluntario, debiera ser la actitud que reine en el corazón del cristiano.



- 2 **Presenta a Dios como el modelo de generosidad.** Dios nunca pide algo de sus hijos que él no haya hecho primero. Si él solicita nuestras ofrendas es porque ya él nos dio la suya primero. La esencia de Dios es dar y él espera que ese sea el mismo espíritu que reine en sus hijos. Desde el principio vemos a Dios dando. Él le dio a Adán una compañera para que fuera su ayuda idónea. Luego a ambos les dio un huerto lleno de vida para que lo disfrutaran. Les dio una familia con instrucciones precisas para que todo se hiciera bien y fueran felices. Cuando el ser humano pecó, le dio a Jesús para que fuese el sustituto perfecto por nuestros pecados: «Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su hijo unigénito...» (Juan 3: 16). Aquel día en la cruz del Calvario, el Señor dio la más grande ofrenda del universo. Lo hizo sin que se lo pidiéramos. Es por eso que «Mirando a Jesús, vemos que la gloria de nuestro Dios consiste en dar» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 13).
- 3 **Enseña que la ofrenda debe ser llevada al altar.** No es cierto que Dios espera que cada uno aparte sus ofrendas y las use según su criterio. Si es una ofrenda consagrada a él, entonces debemos presentarla en el lugar indicado por su Palabra. Caín y Abel llevaron sus ofrendas al altar, Abraham subió al lugar indicado por Dios para presentar la inusual ofrenda que este le había pedido. Siglos más tarde Jesús dijo en el Sermón del Monte: «Si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti; deja allí tu ofrenda delante del altar y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda» (Mateo. 5: 23-24). Para Jesús era importante llevar la ofrenda *al altar* (ver también Deut. 12: 13-14) ¿lo comprenden los miembros de nuestra iglesia? ¿Lo comprendemos nosotros?
- 4 **Resalta las características de la ofrenda que agrada a Dios.** Las ofrendas que Dios acepta no solo deben ser llevadas al altar, sino que deben tener algunas características que los miembros de la iglesia deben conocer:
- Las ofrendas deben ser voluntarias y de corazón.** Dios desea que nuestras ofrendas sean voluntarias, así como fue la ofrenda que él depositó en la cruz. «Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda; de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda» (Éxo. 25: 2).
 - Las ofrendas deben ser proporcionales a las bendiciones recibidas.** Así lo expresan las Escrituras: «Cada uno ofrecerá su ofrenda en proporción a la bendición que el Eterno su Dios le haya dado» (Deut. 16: 17).
 - Las ofrendas deben darse con alegría.** Cada vez que llevemos nuestras ofrendas, lo haremos con gozo y gratitud y no con tristezas y dudas por tener que dar. Nuestra alegría se debe a que, antes de llevar nuestro presente, ya él ha provisto para nuestras necesidades: «Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre» (2 Cor. 9: 7).
- 5 **Sé tú un ejemplo de generosidad.** «Los dirigentes que son fieles, esperan naturalmente la fidelidad en otros» (*Consejos sobre la salud*, p. 407). Los dirigentes debemos ser los primeros en entender lo que la Biblia enseña sobre la generosidad antes de poder enseñarlo a los miembros de la iglesia. Hemos de tener claro que la mayordomía es un tema muy relacionado con la salvación de las almas y por tanto hemos de ser un buen ejemplo de dadivosidad antes que promotores de la misma. Tu ejemplo es tu mejor sermón.
- La enseñanza bíblica de la dadivosidad no se debe a que la organización necesita dinero; se debe a que dar destierra el egoísmo del corazón humano y prepara a las personas para la salvación. Como pastores del rebaño es nuestra misión colaborar con Dios en la preparación de los que viviremos por la eternidad junto a Cristo. ¿Te animas a poner en práctica estas cinco ideas?



Un libro de imperiosa necesidad para nuestra sociedad desalentada.



El Libro Misionero del Año **2022**
contiene tres mensajes para el mundo actual,
que llenarán los corazones de la paz que no se desvanece.
No pierda la oportunidad de compartirlo con otros.

Adquiéralo en su librería IADPA más cercana. 